

La Ilustración Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 8 DE JUNIO DE 1908

Núm. 1.380

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA Á LONDRES

M. Fallieres revistando la oficialidad y marinería del crucero «Leon Gambetta» que le condujo desde Boulogne-sur-Mer á Douvres.



M. Fallieres cruzando el muelle de Douvres, después de su desembarco,
acompañado del príncipe Arturo de Connaught en representación del rey Eduardo VII de Inglaterra

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la serie de este año, que lo constituye la importantísima obra de actualidad, de Eugenio Aubin, que tiene por título

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS,

profunda y minuciosa descripción del Estado y del pueblo marroquíes, y en la que su eminente autor se nos presenta como turista que da al elemento pintoresco toda la importancia que en realidad tiene y como ingenioso cronista que sabe poner al lado del hecho histórico la anécdota curiosa, y sazonar su relato con esos rasgos brillantes que son uno de los mayores atractivos de la literatura francesa. MARRUECOS está espléndidamente ilustrada con copias de fotografías, tomadas algunas de ellas por el mismo autor del libro.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *¡A trabajar!*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Exposición nacional de Bellas Artes. Madrid.* — *Viaje del presidente de la República Francesa á Londres.* — *Luna de miel*, por F. Sánchez Pinto. — *Nuestros grabados artísticos.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El herejero*, novela ilustrada (continuación). — *Barcelona. Museo decorativo y arqueológico.*

Grabados. — *Viaje del presidente de la República Francesa á Londres.* — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *¡A trabajar!* — *Sileno.* — *La gitánilla*, cuadros de José Garnelo. — *Retrato de la Srta. M.*, cuadro de Pedro Sáenz. — *Cofre de oro y Jardín de plata maciza* ofrecidos á M. Fallières. — *M. Fallières y el rey de Inglaterra recorriendo la Exposición Franco-británica.* — *M. Fallières á bordo del crucero «León Gambetta»* — *Recogiendo la red*, cuadro de A. Andrade. — *Yunta de buyes*, cuadro de Eugenio Burnand. — *Día agradable*, cuadro de Lerolle. — *El «Tip-Top»* — *Medallón*, escultura de Guillermo de Groot. — *Flor de estufa*, escultura de Pedro Braecke. — *Salas del Museo decorativo y arqueológico de Barcelona.* — *Monumento á Carlos Perrault*, obra de Gabriel Pech. — *Festival escolar en Viena con motivo del jubileo del emperador Francisco José.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mis lectores encontrarán al pie de esta crónica alguna variación en mi firma. No les extrañará, si se enteraron por la prensa de que me ha sido concedido por el rey un título nobiliario. Las consideraciones á que obedeció la concesión y que verdaderamente son honrosas y halagüeñas para mí, me obligan por ley de gratitud á alterar una firma que ya ostenta pátina. El caso es que hace muchos años tengo derecho al título de condesa palatina—creo que así se dice—heredado de mi padre, y que no lo uso, sencillamente por lo habituada que me encontraba á mi nombre literario, al cual está unida la obra de mi vida entera. Hoy llega el momento de usar otro título de Castilla, que en la regia intención debe perpetuar un apellido llamado á extinguirse por ser de mujer é hija única. Mi labor ha hecho conocido ese apellido, y el título lo transmitirá á mis descendientes. He aquí como estaba escrito en las estrellas que condesa había de ser, más tarde ó más temprano. Y vengo á serlo porque los altos poderes de mi patria estiman la literatura en función de *valor social*. ¿No es mejor que si la mirasen con indiferencia ó desdén? Cualquiera opinión que profesen los lectores acerca de estos asuntos, no les impedirá reconocer que no es un paso hacia atrás la deferencia y consideración manifestada á las letras, y á las letras cultivadas por una mujer. Por ser tan personal el asunto no insisto: mi objeto se concreta á explicar al público constante y benévolo de estas crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el cambio en la firma del cronista.

* *

Las «diversiones benéficas» han sido al principio muy censuradas. Hasta la Iglesia las miraba con ceño. Se recordaba aquello de que la mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha. Se decía que de lo malo nada bueno puede salir. Yo defendí tímidamente esta forma de atender á las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada á nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano... Desde la época á que me refiero, la opinión ha dejado de ser hostil á la que entonces se llamaba «caridad danzante»; la realidad se ha impuesto, y se ha tenido que

reconocer que será culpa de la falta de fe, ó de la falta de virtud, ó del egoísmo, pero no se recolectaría por otros medios ni la décima parte de lo que por éstos se recolecta. ¡La necesidad! ¡Qué doctora tan irrefragable! Nadie le enmienda la plana. Y las fiestas benéficas pululan; quizás hemos pasado de extremo á extremo; en primavera, especialmente, no transcurre semana sin beneficio, *cine*, baile, corrida, tómbola ó cualquiera otra manera de sacar dinero para los pobres suavemente y á estilo de recreo.

* *

Naturalmente sucede lo que tiene que suceder: á medida que se multiplican las diversiones de beneficencia, disminuye el producto de cada una. Las mismas damas organizadoras de las fiestas lo reconocen, con algo de desaliento. «¡Hay demasiadas cosas!» Y necesitan aguzar el ingenio, afinar muchísimo la puntería para hacer blanco. La gente se escurre, ejercita una gimnasia defensiva, reduce los donativos; y la organización de alguna de estas fiestas reviste el interés de una escaramuza, el atractivo de una cacería, el carácter semicientífico de un cálculo de probabilidades.

Las más fáciles de organizar y de llevar á feliz término son las funciones de teatro, á beneficio de tal ó cual Asilo ó Asociación. Se trata sencillamente de ir al teatro una noche más, y muy desgraciada será la señora que no reuna relaciones suficientes para llenar un teatro una noche. Tampoco presenta dificultad el animar un cinematógrafo, y sin gran esfuerzo se expenden los billetes de un baile. Lo más arduo son las tómbolas y *kermesses*. Reunir objetos suficientes y convenientes para el fin de atraer al público y que compré papeletas; y atraer después á ese mismo público que ha de comprarlas... ¡qué empresa! De cien cachivaches que se envían con destino á las tómbolas, noventa y ocho pertenecen á esa categoría mal definida que, en los programas de Juegos Florales, recibe el enfático nombre de «objeto de arte.» Rara vez los bronceos son bronceos y las porcelanas porcelanas; la calamina, la hojalata, la tierra francesa, triunfan en toda la línea. El mal gusto se desborda, y los barómetros, termómetros, aparatos de luz fantásticos y «juguetes» de tocador predominan con aterradora abundancia, inspirando el deseo de preguntar: «Y esto, ¿para qué sirve?» Nunca falta la pareja de negritos de yeso pintado, envueltos en sus tocados de rayas y adornados con sus arracadas, colgantes y collares de amuletos en que la purpurina se derrocha insolentemente. Tampoco pueden omitirse las dos «figulinas» de falso Sajonia, la pastora con una pierna en el aire y el pastor con una flauta eternamente pegada á los labios. Menos faltará el aparato de luz eléctrica sostenido por un angelote. Todo ello hace, á primera vista, el efecto de un bazar; pero cuando se aislan los objetos y cada uno marcha por su lado, es peor: yo he oído mil veces, ante esos cachivachillos, decir con desdeñosa risa: «Esto te habrá tocado en una *kermesse*...»

* *

El día en que las *kermesses* y tómbolas rifasen cosas verdaderamente útiles, paraguas, sombrillas, cacerolas, jabones, pastillas de sublimado y libras de te ruso, ¿qué sucedería? ¿Acudiría la gente con doble asiduidad, ó por el contrario, saldría huyendo más de lo que ahora huye y murmurando más de lo que ahora murmura? Yo de mí sé decir que encontraría excelente la idea. Nuestra civilización va por el camino de la utilidad; pero aun cuando fuese por el de la estética, como no hay cosa peor que la estética falsificada, la seudo estética de los bazares, siempre deberíamos preferir un corte de blusa ó una máquina de corchar botellas, á la pastorcita del pie en el aire y al Nelusko de *Santi boniti*. ¡Oh, ese Nelusko, y su congénere el negrito vestido á lo tío Sam, tocando el violín ó apurando el cigarro, mientras por medio de otro mecanismo revuelve los ojos é inclina la cabeza! ¡Oh, la damisela modernista verde claro, con caballera color de zanahoria, de legítimo yeso también, que representan el arte y el idealismo, en bastantes hogares, y á veces no de los más modestos!

* *

Volviendo á las tómbolas, diré que acaba de verificarse una, de las muy suntuosas y aristocráticas, en el palacete de la Exposición de Industrias del Retiro. Este edículo es bonito y alegre, y estaba fastuosamente decorado con tapices de la Casa Real, de esos tapices que ya han adquirido suavidad sin perder del todo su brillante color, sus rojos prelatiosos y sus azules de turquesa. Dondequiera que se tien-

den esos radiosos trapos, y cubre las paredes esa serie de figurones majestuosos, de la fábula y la leyenda, adquiere todo un tinte de solemnidad y lujo grave, que seduce al artista. Así estaba nuestro pabellón en París, durante la Exposición de 1900, y aunque desnudo de cualquiera otro atractivo, con sólo los tapices tenía bastante para ostentar regio señorial y magnificencia; para dar cumplida idea de lo que fué nuestro pasado. En el palacete del Retiro, guirnaldas verdes se enroscaban á las columnas, y el suelo del salón de baile lo recubría una estera ó petate de Manila, muy sutil y delicado. El baile de beneficencia fué sumamente agradable, porque no hacía ni asomos de calor: en esta época del año, toda fiesta en local cerrado es insostenible, si no se resuelve bien el problema de la temperatura. Al baile asistió la corte; á la tómbola concurren elevadísimos personajes; vendieron en ella las señoras más encopetadas, y sin embargo, todo ello leo en los periódicos que no ha producido arriba de unas veinte ó veinticinco mil pesetas. ¿Será este resultado, relativamente escaso, un síntoma de lo que al principio hice observar; de que, al multiplicarse las fiestas benéficas, cada una de ellas sufre el contragolpe y competencia de las otras?

* *

Los automóviles continúan haciendo de las suyas. Cada día la prensa nos refiere algún nuevo despachurramiento. Los hay para todos los gustos: por compresión, por proyección, por combustión, por estrellamiento y por precipitación. El uno se queda aplastado bajo la mole del «artilugio trepidante», como escribí yo, en frase que hizo fortuna; el otro pega el dulce salto de los diez metros, y va á caer, para mayor comodidad, sobre un blando lecho de guijarros; aquél es achicharrado por la gasolina; tal cual da contra un tronco; el de más allá descende á plomo, desde la altura de un tercer piso, al fondo de un barranco, donde le acoge en su seno un torrente... Y cada día se venden más autos, y cada día crece la afición á ese deporte, y no parece sino que todos somos millonarios ó que el automovilismo es un recreo al alcance de las exprimidas bolsas de la muchedumbre... Hasta los tenderos de ultramarinos se dedican á correr juergas en la Bombilla en automóvil, desdeñando la útil, pacífica y típica *manuela*, que ha reemplazado á la calesa y que no tiene los inconvenientes del artilugio, aunque quienes lo ocupen hayan rendido excesivo tributo á Baco y á Ceres y echado en olvido las prescripciones de Higién... Creo que no puedo decirlo de un modo más recatado y mitológico.

De todo ello deduzco que el valor no disminuye en la raza, y que, como dijo anoche en el Ateneo, en una preciosa conferencia, el argentino D. Ricardo Rojas, hay un héroe dentro de cada hombre. Por lo menos, lo hay dentro de cada automovilista; de los que se ponen á guiar sin saber, de los que se confían á estos *chauffeurs* de ocasión, de los que dan velocidad y velocidad, y de los que tienen tanta prisa por llegar... á la catástrofe.

* *

Ha muerto Francisco Coppée. No le he contado nunca en el número de los sumos poetas; era un intimista agradable, y hasta conmovedor, cuyos poemas mejores me producían el efecto de ser crónicas de periódico rimadas artísticamente, descripciones bellas de París, el realismo sentimental de un espectador inteligente.

Para mi opinión, el poeta más grande entre los de esta última época fué Heredia. A su lado—no me atrevo á decir *después*—Leconte de Lisle. Coppée está un escalón más abajo. Explicar las razones por que le señalo este lugar, exigiría escribir un artículo artístico—y no se trata aquí de eso.

Como novelista, tampoco puedo otorgar un lugar preeminente á Coppée. No es injusticia decir que á su misma altura, en el terreno de la ficción novelesca, estarán unas dos ó tres docenas de compatriotas suyos y sus contemporáneos. Y su teatro no figura entre los que ha removido el terreno y abierto brecha.

Era un distinguidísimo literato, conocido en todo el mundo porque tuvo la fortuna de nacer en Francia—lo cual equivale á sacar un billete de favor para esto del renombre,—pero que, realmente, no deja gran vacío ni aun en la literatura de su país.

El nivel de esta literatura, sin embargo, va descendiendo: las filas clarean, los muy ilustres caen, los secundarios también... El campo se arrasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

¡A TRABAJAR!, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA



— Pues venía á decirte que por mi parte no te apures ni te apesadumbres

I

Salió de la Bolsa, terminada la hora de cotización, como loco, con una nube de sangre en los ojos y un tableteo horrisono en las sienas, tan aterrado y aturdido, que, cuando despedido de sus compañeros, ansiando hallarse solo para poner en orden el tumulto de sus ideas, fué á atravesar la amplia y arbolada plaza de la Lealtad, no oyó la campana de aviso de un tranvía y estuvo á punto de ser atropellado por su pesada mole roja. A la sombra de las acacias de los andenes jugaban unos niños al «diavolo,» arrojando por alto sus carretes y celebrando con locas risas sus vuelos. Semejante infantil alegría, la tranquilidad que acusaba le hizo daño y huyó rápidamente, sintiendo vehementes ansias de comenzar á bofetadas con ellos. En su extravío mental parecía imposible que hubiera seres humanos que se divirtieran; parecía imposible que todo el mundo, hasta las inocentes criaturas, todavía flotando con sus alas purísimas sobre los limos sociales, no tomaran parte en su desesperación. Más allá, junto á la Carrera de San Jerónimo, tocaba un sexteto de ciegos. Cuando el postulante se le acercó bandeja en mano, le recibió con un bufido grosero, y escapó también, maldiciendo de la música y de las tolerancias municipales que consienten tales vagancias filarmónicas. Entró luego en un café cualquiera, de los que no frecuentaba, en el que nadie le conocía; pidió cerveza, olvidándose de beberla, y con la cabeza hundida entre las manos trató de buscar en la sentina de sus pensamientos un rayo de salvadora luz.

Estaba perdido, arruinado por completo, de improviso sepultado bajo un pasivo enorme como una montaña, tan tremendo que en seguida se hizo cargo de la imposibilidad de soportarlo y de levantarse. Y de una mirada apreció su situación angustiosa, agotado su crédito en una serie reciente y sucesiva de operaciones financieras deplorables, desastrosas, que remataba, arrojándole bruscamente en el abismo, aquella baja inesperada de los fondos que había tirado el papel por los suelos y sembrado el pánico en el patio de la Bolsa, aun entre los jugadores veteranos más aguerridos y perspicaces. Diez, quince, veinte, Dios sabe el número de personas que iba á arrastrar en su caída, á sepultar en la miseria, que se quedaban sin sus peculios, que le acosarían como fieras al día siguiente, en cuanto se enteraran por los periódicos de la noche ó los de la mañana del terrible descenso del barómetro rentístico. ¿Cómo afron-

tar sus iras, cómo contenerles, con qué pagarles? ¡Era la desconceptuación, el descrédito, la ignominia!

Y apartando la vista de los demás, se miró á sí propio, consideró las consecuencias personales de su quiebra, vió su casa, su hogar destruido, deshecho, como un buque náufrago asaltado por las olas de una tempestad. Su ruina total significaba el renunciamiento de cuanto constituía su vida, su bienestar, su medio de comodidades y de lujo, el derroche en que dejaba deslizarse su existencia muelle, dormido junto al pozo de la fortuna. Había que prescindir de todo, de coches, de automóviles, de veraneos, de franquichelas, de viajes; había que hacer prescindir igualmente á su mujer de sus gastos disparatados, de sus *toilettes* parisienses y vienesas, de sus abonos; ahora mismo había que hacerla regresar bruscamente de la excursión que con su hija realizaba por la Costa Azul. Y era preciso obrar en seguida, resolverse á escape, buscar por la posta una humilde habitación barata, en un barrio apartado, sin ascensor, sin baño, en un cuarto piso quizás, y vender al punto los muebles y los caballos y los cuadros...

¡Ah! No estaba preparado para el golpe; cegado por sus éxitos, no había pensado nunca en las contrariedades, no concebía la caída, no sabía sino gozar y reír, y el alud de la baja que le arrastraba al abismo le cogía sin fuerzas para resistirlo, sin la energía necesaria para toda lucha. La loca fortuna le volvía inopinadamente la espalda, sin hacer caso de sus ruegos ni parar mientes en sus ayes, y sólo se le ocurría el recurso de los débiles de espíritu: gemir.

Hundido en sus fatídicas ideas, con un caos en el cerebro, anonadado, desorientado, febril, permaneció largo tiempo en el café desierto sin acordarse de apurar su cerveza y haciendo extrañarse al camarero de su inmovilidad. Al cabo entró la noche, encendiéronse las luces, la claridad pareció volverle á la realidad que le rodeaba, y tomó ávido y sediento la copa, á la que aplicó sus labios. Y entonces, en su rubio fondo, surgió como una mancha negra y horrible la única tenebrosa salida de su catástrofe: el suicidio.

II

Concluyó de leer la carta de su mujer, una carta gozosa, llena de amor á la vida, llena de entusiasmo hacia el dulce clima de Niza y hacia su cielo radiante y en la que concluía pidiéndole nueva remesa de fondos, y arrojándola sobre la mesa exclamó con sarcasmo:

— ¡Dinero! ¡Dinero! Ya te lo mandará el juez de guardia si encuentra algo en mi gaveta, que lo dudo.

Después de este feroz comentario, escapado á un egoísmo brutal, quedóse pensativo é inmóvil, abstraído profundamente, y al cabo despertaron sin duda sus buenos sentimientos dormidos, porque se pintó en su rostro un profundo enternecimiento y murmuró con los ojos llenos de lágrimas:

— ¡Pobre Rosa y pobre hija mía! ¡Ellas no tienen la culpa de nada!

Estaba decidido á matarse. En dos días, cuarenta y ocho horas terribles de andar de acá para allá, llamando de puerta en puerta en busca de un préstamo, no había conseguido llegar á puerto alguno de salvación, no había conseguido que se le tendiera una mano, ni siquiera que se le oyese, y falto de fe, falto de resignación, sin fuerza para conformarse con su caída, iba á refugiarse cobardemente en la muerte, arrastrando consigo en esta segunda catástrofe á aquellas dos inocentes criaturas ausentes, cuyo recuerdo no era parte á hacerle desistir de tan espantoso designio. Viviendo él, aun en la ruina, todavía les quedaba su sombra y su apoyo. Desaparecido de este mundo, hundiríanse bruscamente en la miseria, por sorpresa, sin haber tenido la menor sospecha de su trágico desplomamiento.

Encendió un cigarro, buscando algo que aletargase sus miembros en terrible tensión, y se puso á pasear por su despacho á grandes zancadas. Fuera se oía el rumor de las calles, el estruendo de la capital viviendo su vida moderna de agitación y vértigo. Eran las tres de la tarde y de pronto se acordó de la Bolsa. Ahora estaría el patio en su apogeo. Quizás alguien se acordaría de él para despedazar su nombre. Esta idea le hizo estremecerse y apretar los puños con ira. ¿A qué perder más tiempo? Abrió su gaveta, sacó diversos papeles, rompiendo unos y volviendo á guardar otros, tiró de un cajón sacando un revólver, que cargó con detenimiento, metiéndoselo en un bolsillo, y por último se sentó ante su mesa, requirió de una cartera papel de cartas y se dispuso á escribir las imprescindibles en lances tales á su mujer y al juez de guardia, dando á la de su esposa la preferencia.

No había hecho más que redactar con trémula mano el encabezamiento: «Mi querida Rosa,» cuando sintió abrirse á sus espaldas la puerta de su habitación. Volvióse bruscamente; había dado orden á los criados de que negasen su presencia á todo el mundo. ¿Quién era osado de quebrantarla?

III

Vestía el infractor de cazadora y en su indumentaria se revelaba á primera vista el menestral. Podría alcanzar los sesenta años, no mal llevados por cierto, y aún conservaba en su rostro como recuerdo de marciales días un belicoso mostacho blanco, que resaltaba en un rostro tostado, revelando una vida deslizada al sol y al aire libre.

El bolsista se quedó como confuso aterrado con la inesperada visita.

Aquel hombre ya viejo era una de sus víctimas; aquel hombre á quien manejaba sus modestos ahorros no tendría mañana, no tenía ya por su causa un pedazo de pan que llevarse á la boca, y aquel hombre era sagrado para él, era un antiguo asistente de su padre, que habiendo economizado para la vejez unos cuantos miles de pesetas, ganadas honradamente con un modesto almacén de muebles, había concluido por retirarse á un pueblo de las inmediaciones, confiándole su dinero. ¿A quién mejor que al hijo de su señorito, de su comandante?

El bolsista permaneció mudo, anonadado. Entonces el viejo veterano, dominando su emoción, se adelantó hacia él y le dijo tuteándole, con la confianza de los criados que han visto nacer á los hijos de sus amos.

—Anoche me han dado la noticia y hoy he tomado el primer tren. Esta mañana he venido á verte sin encontrarte. ¿No te lo han dicho? Conque dime, ¿estás perdido, completamente arruinado, no es verdad?

El bolsista no tuvo valor para desplegar los labios y se contentó con decir que sí con la cabeza.

Entonces el anciano le tendió la mano y le dijo con sencillez:

—Pues venía á decirte que por mi parte no te apures ni te apesadumbres. ¡Qué demonches! Me quedo en la calle, pierdo mi tranquilo pasar y el de mi mujer, que es lo que más siento; pero Dios que me había dado esos cuartejos me los quita, y hay que conformarse, porque él es dueño de todo. Todavía me encuentro con fuerzas; no creo que se me haya olvidado el oficio; volveré á agarrarme á los tapices y no faltará alguna casa donde todavía admitan á este viejo. ¡A trabajar, á trabajar! ¡Es la única salida!

Conforme el buen anciano soltaba estas palabras de fortaleza, llenas de cristiana humildad y de verdadero valor obscuro, pero firme, el rostro del bolsista se distendía, asomándose á sus ojos una angustia suprema, que al fin hizo explosión cuando el viejo terminó su heroico monólogo, y de repente el llanto se agolpó á los párpados del pobre financiero, un sollozo subió á su garganta, y sugestionado por aquella recta voluntad de un ignorante, que así sabía hallar el único camino por donde subir de la sima de la sombra á la superficie de la luz, estrechó convulsivamente su mano como un náufrago que se agarra á una tabla que flota, y sintiéndose súbitamente animado de una energía imprevista, exclamó balbuciente:

—¡Ah, buen José, buen José! ¡Dios te ha hecho empujar esa puerta!

Se arrojó en sus brazos, lloró sobre su pecho... Luego desasióse, contándose todo, sus angustias, su desesperación, sus dos días de martirio, su falta de valor para imponerse á su situación, su propósito de suicidarse.

—¡Si tardas una hora no encuentras más que mi cadáver! ¡Ah, pero ahora no, no! ¡Ahora estoy salva-

do, ahora me siento otro! ¡Sí, tienes razón! ¡Eso es lo honrado y lo noble! ¡A trabajar!

(Dibujo de Triadó.)

aplaudir su obra titulada *Gitanilla*, tan bien observada, y ese *Sileno*, que evoca el recuerdo de aquella mitológica representación.

Otro retrato del grupo expuesto por nuestro amigo Pedro Sáenz damos á conocer á nuestros lectores, pintado con facilidad y desenvoltura, subordinado á otra técnica que el reproducido recientemente, en el que se resuelven dificultades por los luminosos efectos de la luz y los contrastes que al aire libre han producido las tonalidades vivas y las brillantes de la coloración.

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA Á LONDRES

Durante el período de cinco años transcurrido desde el viaje del presidente M. Loubet á Londres en 1903 á la visita actual de M. Fallières al rey Eduardo VII, la amistad anglo-francesa se ha estrechado tanto, la comunidad de intereses entre las dos naciones se ha completado de tal modo, que á nadie ha sorprendido que uno de los órganos más importantes de la prensa inglesa hiciera constar con júbilo, al dar la bienvenida al jefe del Estado francés, que la frase de Luis XIV: «Ya no hay Pirineos,» se ha trocado hoy día en la de «Ya no hay paso de Calais.» Esta buena armonía, esta solidaridad entre las dos potencias, añaden los periódicos, nace de la identidad de los intereses políticos y de la correspondencia de los intereses prácticos en ambas. Una Francia fuerte es tan necesaria á la Inglaterra, como un imperio británico fuerte lo es á la Francia, y la unión por mar y por tierra de los dos países asegura el mantenimiento del equilibrio europeo y de la paz del mundo.

Por su parte, la prensa francesa no oculta la satisfacción con que ve el viaje presidencial, el cual ha venido á ser así como el sello puesto á la *entente cordiale* establecida entre los dos pueblos, y de que es una grandiosa manifestación la actual Exposición Franco británica.

M. Fallières salió de París para Londres á las 7'30 de la mañana del 25 de mayo último, acompañado del ministro de Negocios extranjeros M. Pichon. A las diez y media llegó á Boulogne sur-Mer, y después de visitar la Casa consistorial, entre las demostraciones entusiastas de la colonia inglesa, que aclamaba la *entente* ó inteligencia cordial, embarcóse al mediodía en el *León*

Gambetta, que emprendió poco después la marcha. En Douvres esperaban al presidente de la República Francesa el príncipe Arturo de Connaught, el embajador de Francia y el personal de la embajada. El alcalde de Douvres, después de saludar al «representante de la ilustre vecina y preciosa amiga,» añadió que abrigaba el convencimiento de que la dichosa amistad franco británica se haría aún más estrecha para bien de Francia é Inglaterra y de la paz del mundo. La comitiva dirigióse en tren especial á Londres, adonde llegó á las cuatro y media. Durante el trayecto, M. Fallières entregó al príncipe Arturo de Connaught y al almirante Beresford sendas grandes cruces de la Legión de Honor.

Esperaban al ilustre viajero en la estación Victoria el rey Eduardo, los príncipes de Gales y de Sleswig-Holstein, los altos funcionarios palatinos, el gobierno en pleno y gran número de personalidades de la aristocracia. El rey de Inglaterra y M. Fallières se estrecharon cordialmente las manos, y después de hechas las presentaciones oficiales, se dirigieron, acompañados de los príncipes de Gales y de Con-



Sileno, cuadro de José Garnelo. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES MADRID. 1908

SILENO.—LA GITANILLA, CUADROS DE JOSÉ GARNELO.—RETRATO DE LA SRTA. M., CUADRO DE PEDRO SÁENZ.

Varios cuadros exhibe en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes el distinguido pintor José Garnelo, entre los cuales figuran los dos que reproducimos, que confirman las cualidades del artista y la sana tendencia que informa sus producciones. Si Garnelo fuese partidario de los efectismos, podría suponerse que da preferencia á los recursos que pudiera ofrecerle su paleta; pero como las obras que ha producido demuestran por su variedad que sólo aspira á la interpretación del natural y á la expresión del concepto, hemos de consignar que en los cuadros expuestos revélase la cualidad que le distingue y caracteriza, cual es la sinceridad y cierto dominio del color y de la línea, que ya manifestó en los comienzos de su carrera artística. Por tal motivo hemos de

Gambetta, que emprendió poco después la marcha. En Douvres esperaban al presidente de la República Francesa el príncipe Arturo de Connaught, el embajador de Francia y el personal de la embajada. El alcalde de Douvres, después de saludar al «representante de la ilustre vecina y preciosa amiga,» añadió que abrigaba el convencimiento de que la dichosa amistad franco británica se haría aún más estrecha para bien de Francia é Inglaterra y de la paz del mundo. La comitiva dirigióse en tren especial á Londres, adonde llegó á las cuatro y media. Durante el trayecto, M. Fallières entregó al príncipe Arturo de Connaught y al almirante Beresford sendas grandes cruces de la Legión de Honor.

Esperaban al ilustre viajero en la estación Victoria el rey Eduardo, los príncipes de Gales y de Sleswig-Holstein, los altos funcionarios palatinos, el gobierno en pleno y gran número de personalidades de la aristocracia. El rey de Inglaterra y M. Fallières se estrecharon cordialmente las manos, y después de hechas las presentaciones oficiales, se dirigieron, acompañados de los príncipes de Gales y de Con-



La gitanilla, cuadro de José Garnelo. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)



Retrato de la Srta. M., cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

naught, al palacio de Saint-James, que ha sido el designado para residencia del jefe del Estado francés.

Veinte minutos después, el presidente salió para ir a tomar el té en compañía de los reyes, y después de visitar a los príncipes de Gales, regresó a su residencia, de donde volvió a salir hora y media más tarde para asistir al banquete de gala que le ofreció Eduardo VII en el palacio de Buckingham.

A la mañana siguiente marchó M. Fallières a la embajada de Francia, donde le fueron presentados por el embajador los principales comerciantes franceses establecidos en Londres. Por la tarde, acompañado de los reyes y de la princesa Victoria, visitó la Exposición Franco-británica, impresionándose tan gratamente su importancia, que no cesaba de expresar su satisfacción por la esplendidez con que a ella habían concurrido sus compatriotas. Por la noche se celebró un baile en el palacio de Buckingham.

El día 26 el Ayuntamiento londinense obsequió con un almuerzo al presidente, y el ministro de Negocios extranjeros le ofreció una comida, después de la cual se reunió M. Fallières con la Real familia en la Opera de Covent-Garden, donde se celebraba en su honor una función de gala, que resultó brillante, así por el decorado de la sala como por la calidad de los espectadores y el renombre de los artistas que tomaron parte en ella.

En la mañana del 27 recibió M. Fallières en el palacio de Saint-James al cuerpo diplomático, a los miembros ingleses de la Legión de honor y a varias corporaciones y sociedades, entre ellas a la Asociación de Cámaras de Comercio, a los socios y corresponsales ingleses del Instituto y al municipio de Westminster, cuyos presidentes o decanos le dirigieron sendos mensajes. A las doce y media salió el presidente de la República en dirección al Guildhall, haciendo en él su entrada con gran solemnidad, precedido por los príncipes y princesas reales, y habiéndole dado la bienvenida el lord mayor, quien le entregó, después de haberlo leído, un mensaje de saludo en nombre de la ciudad de Londres. Por la noche los soberanos ingleses asistieron al banquete ofrecido por M. Fallières en la embajada de Francia.

El día 28, por la mañana, visitó el presidente el Hospital francés, y después de un almuerzo íntimo en el palacio de Saint-James, se dirigió en ferrocarril a Windsor, siendo recibido en la estación por la corporación municipal en pleno.

Seguidamente se encaminó la comitiva hacia el histórico castillo, que recorrieron los ilustres visitantes muy detenidamente, y después, en carroza de gala, se dirigió M. Fallières al panteón de Frogmose, depositando una corona sobre la tumba de la reina Victoria. Así a la ida como a la vuelta, en Windsor y en la capital, fué objeto el presidente de calurosas ovaciones por parte de la muchedumbre.

Durante la permanencia de M. Fallières en Inglaterra los marinos franceses fueron muy agasajados por parte de los ingleses, habiéndose celebrado en su honor banquetes, funciones teatrales y otras fiestas.

M. Fallières salió de Londres para Douvres a las nueve y media de la mañana del 29, habiendo sido

reflejos de oro. Desde la puerta le llamó, sonriendo al ver su abstracción.

—¡Eh, Luisito! ¿Ya estás tocando la trompeta?

Él se volvió y retiró la mano.

—Déjame leer a gusto, mujer, no seas pesada, le dijo riendo.

Ella bajó y se sentó en un extremo del banco: después le llamó en voz baja:

—¡Luis! ¡Luis! No leas, hombre; no seas impolítico.

Como él no le respondió, cogió tres ó cuatro piedrecillas del suelo y se preparó a interrumpir su lectura.

Lanzó la primera que, hábilmente dirigida, chocó contra la carta.

—Estáte quieta, Isabel, no juegues, dijo él.

—Pues no leas, que eso es de muy mala educación, respondió preparándose a repetir, y repitiendo, en efecto, la suerte con las dos restantes piedras.

Isabel, sin esperar para gozarse en su victoria, pues había tocado con la última en la cara a Luis, salió huyendo: Luis soltó la carta sobre el banco y corrió detrás; corrieron dando vueltas alrededor de un árbol, ella huyendo siempre, él persiguiéndola, hasta que la alcanzó.

—Ya te cogí. Ven conmigo.

—¿Yo? De aquí no me muevo; no puedo dar un paso.

—Por eso no sea, repuso él.

Y la cogió en brazos. Ella reía, dichosa de verse levantada en aquellos brazos queridos.

Por fin llegaron al banco: Luis se sentó y la colocó sobre sus rodillas.

—Vamos a ver, dijo. ¿Qué crees tú que debo hacer como castigo?

—Nada, hombre, soltarme; las almas nobles se vengan perdonando, respondió ella arreglándose el cabello, cuyos mechones rebeldes se habían escapado durante la anterior refriega.

De pronto Luis preguntó:

—Oye, chica, tengo un hambre atroz. ¿Cuándo comemos?

—Nunca, hombre. ¿Para qué vamos a comer? No seas prosaico.

—¿Que no coma? Verás: con el hambre que tengo, si dentro de cinco minutos no está la comida, te devoro.

—No dejan, respondió ella acompañando la respuesta con un mohín picaresco.

—¡Muy bien! Muy bonitas frases sabe mi niña. ¿Que no dejan? Pues prueba al canto: empecemos por el pescuezo.

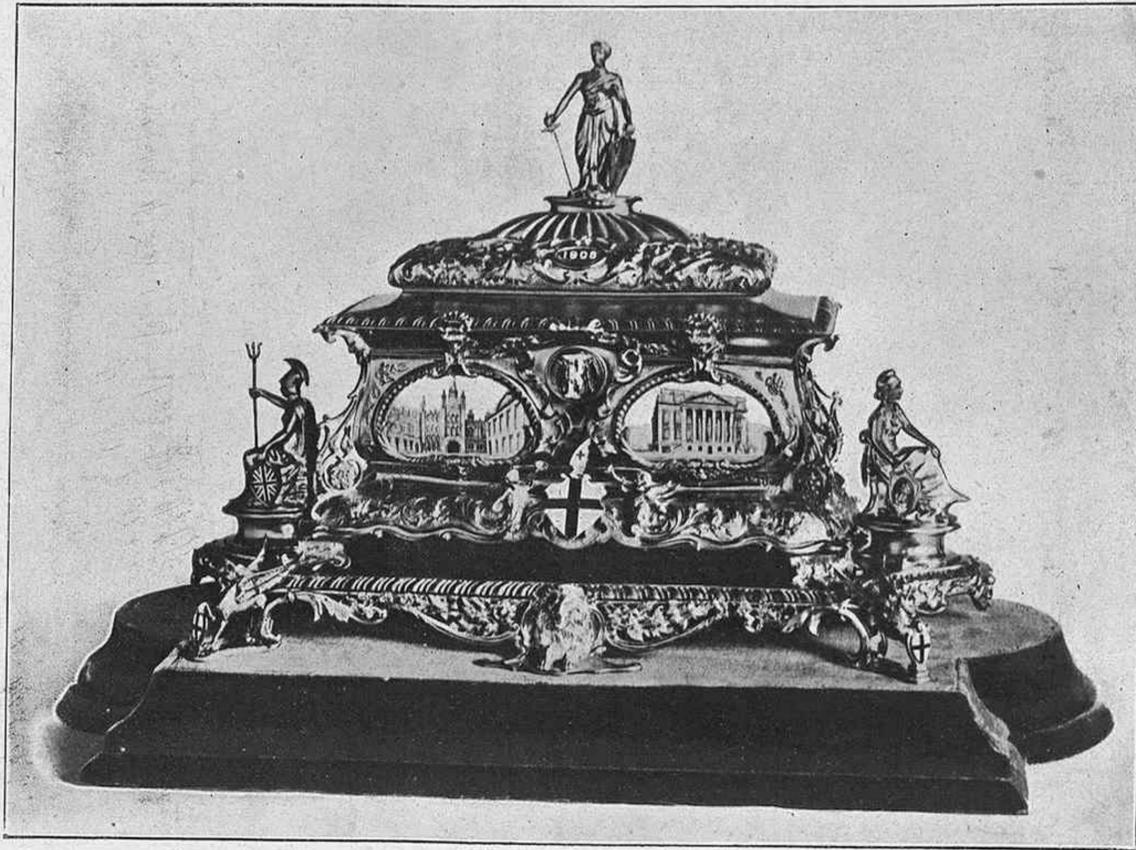
Y la mordió débilmente en el cuello blanco de estatua.

En la puerta de la casita apareció la criada.

—Señoritos, ya está la comida servida.

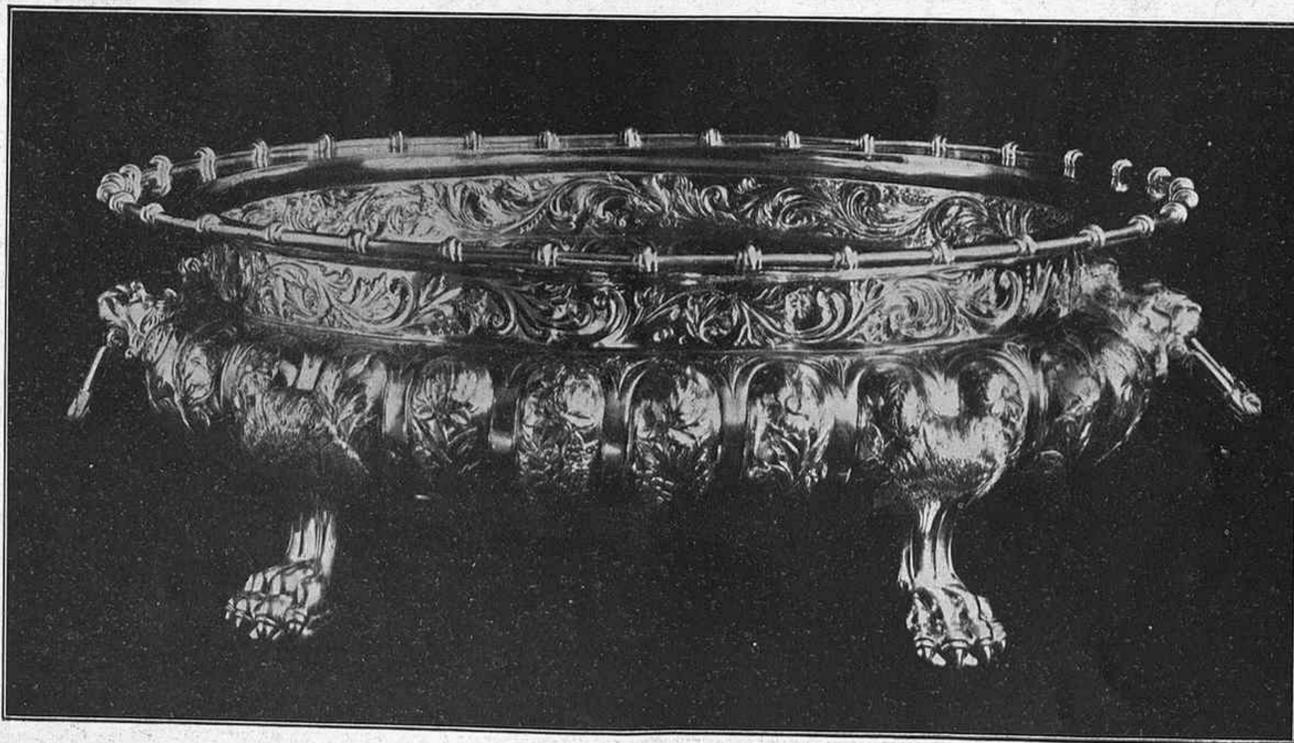
—Si no llega esa, no encuentra de ti ni los restos.

Se miraron sonrientes, felices con su cariño; él le pasó el brazo por la cintura, ella apoyó la hermosa cabeza en su hombro, y marcharon con las manos enlazadas, lentamente, embriagados por la dicha de la mutua posesión.—F. SÁNCHEZ PINTO.



Cofre de oro, obra de Goldsmith y Silverssits Company Limited, de Londres, ofrecido por esta ciudad a Fallières en su visita al Guildhall el día 27 de mayo. (De fotografía de World's Graphic Press.)

muy vitoreado por el público y despedido muy afectuosamente por la real familia. Embarcóse al mediodía en dirección a Calais, siendo saludado con las salvas de los buques de la escuadra y las de los fuertes, y después de permanecer una hora en aquel puerto, salió para la capital de Francia, adonde llevó a los ánimos la convicción plenísima de que la inteligencia cordial entre Francia y la Gran Bretaña, que se ha confirmado con su viaje, no debe producir inquietud alguna en la política internacional, toda vez que es prenda de paz y tranquilidad para el mundo entero.—S.



Jardinera de plata maciza, obra de MM. Catchpole y Williams, de Londres, ofrecida por los Reyes de Inglaterra a M. Fallières como recuerdo de su visita a dicha capital. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LUNA DE MIEL

Sentado en la plazoleta del jardín, a la sombra de un roble, con el pie apoyado en el banco, el codo en la rodilla y el puño cerrado en la boca, Luis leía la correspondencia que acababa de recibir.

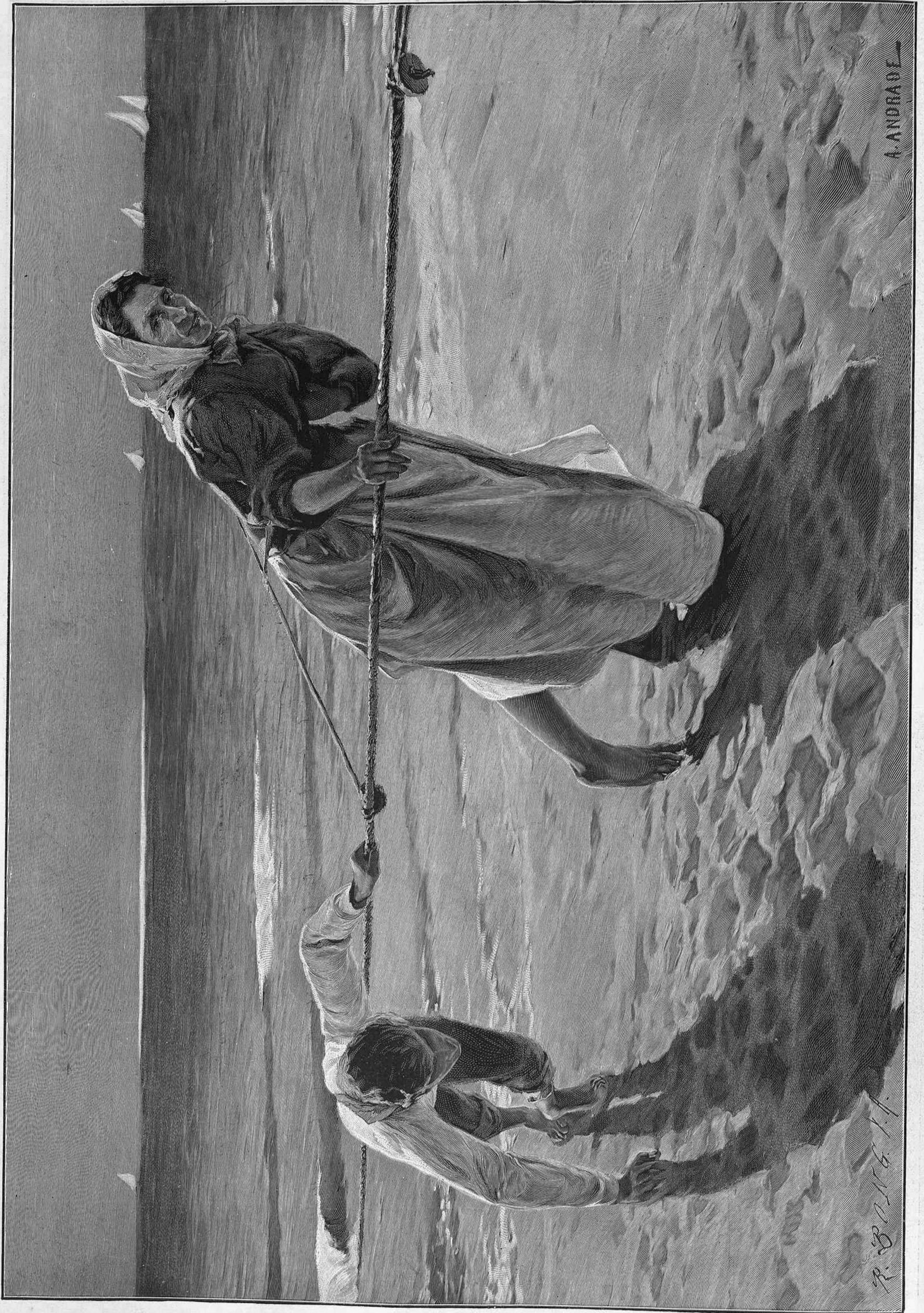
En la escalinata por la que se bajaba al jardín, se presentó ella. Su rubia cabellera brillaba al sol con



M. Fallières y el rey de Inglaterra recorriendo la Exposición franco-británica. Los personajes son de izquierda a derecha: el duque de Argyle, Eduardo VII, M. Fallières y S. M. la Reina



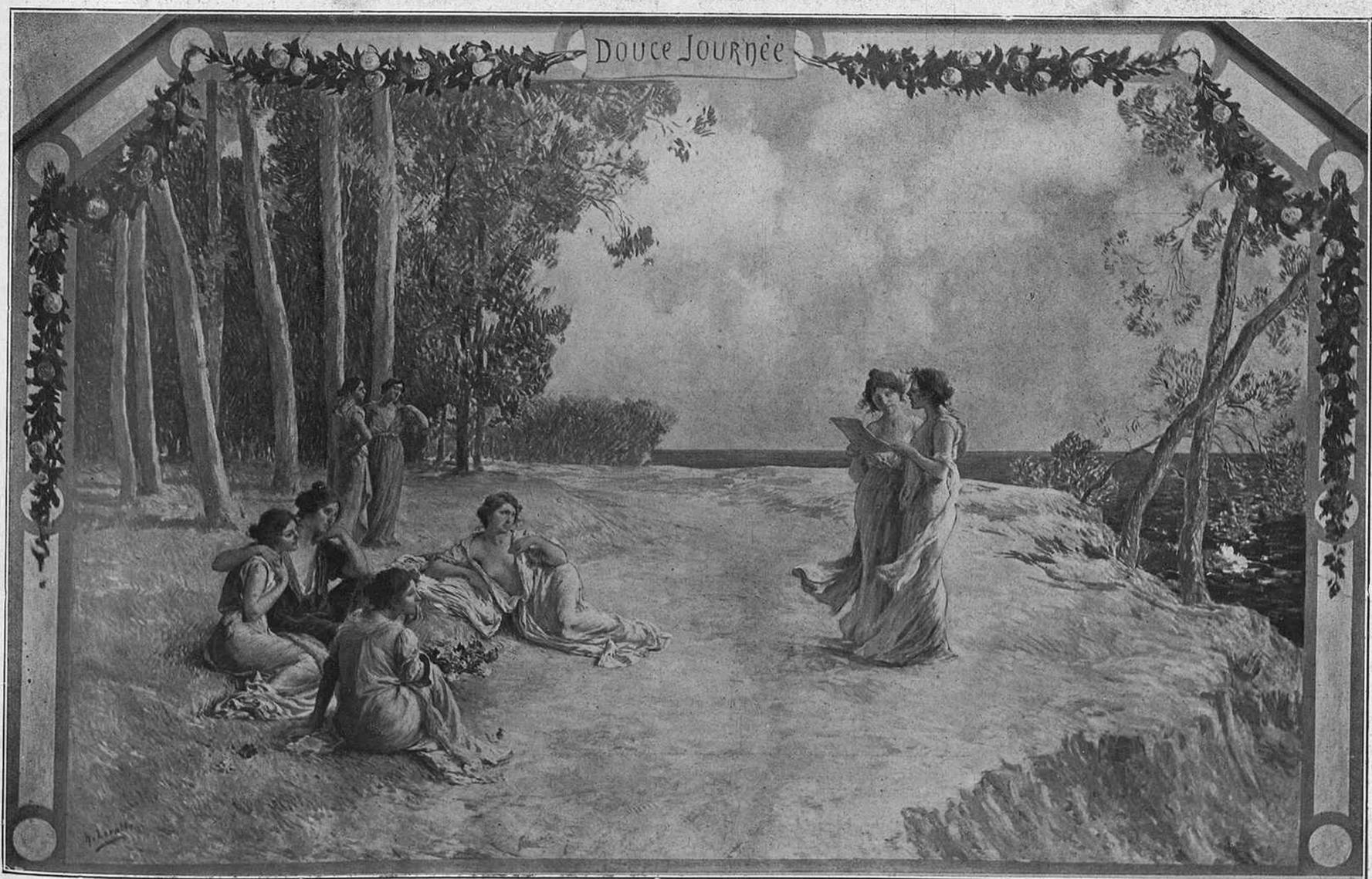
M. Fallières á bordo del «León Gambetta» pocos momentos antes de zarpar de Douvres para regresar á Francia
(De fotografías de World's Graphic Press.)



RECOGIENDO LA RED, cuadro de A. Andrade, grabado por Bong



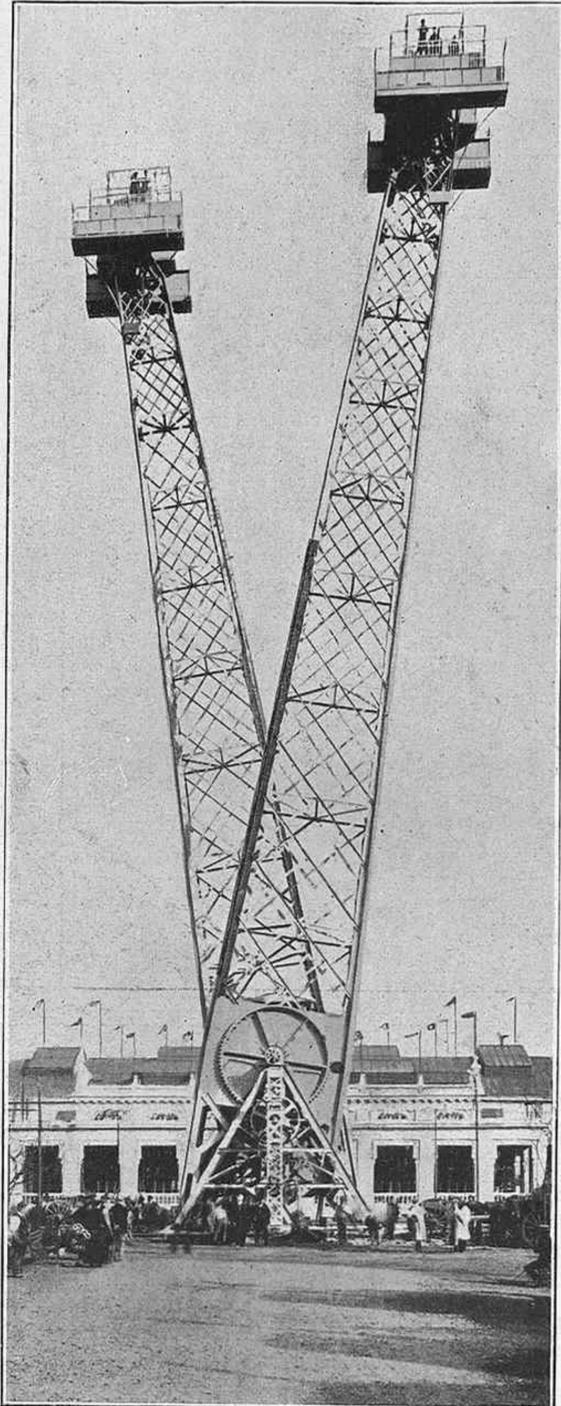
Yunta de bueyes, cuadro de Eugenio Burnand. (Publicación autorizada.)



Día agradable, cuadro de Lerolle. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

EL «FLIP-FLAP»

Una de las atracciones más sensacionales de la Exposición Franco-británica es con seguridad la del «Flip-Flap» representada en el adjunto fotograbado. Como es fácil comprender, esta máquina, que está movida por medio de la electricidad, afecta la forma de una doble grúa. Cada brazo de los dos que tiene mide 200 pies de altura, y en la cima de cada uno hay emplazadas sendas plataformas capaces para cincuenta perso-



El «Flip-Flap» instalado en la Exposición Franco-británica de Londres (De fotografía de World's Graphic Press.)

nas, de modo que cada brazo puede contener un centenar. No dejan de sentir una sensación regular quienes, encaramados en aquellos largos aguilonos, son descendidos, cuando la grúa se pone en movimiento, hasta tocar el suelo, distanciándose cada vez más en el vacío los que ocupan las plataformas derechas, de los que desde las izquierdas pueden casi darles la mano cuando la grúa está parada.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Recogiendo la red, cuadro de A. Andrade. — La vida del mar y los accidentes de la pesca, que tan duros son para los modestos hijos de la playa, tienen encantos invencibles para el observador artista, que se siente encadenado por ellos: el copo, sobre todo, ha inspirado á muchos grandes pintores. Andrade ha sabido interpretar, con su exquisito gusto, una de las más rudas faenas de la vida de los pescadores.

Yunta de bueyes, cuadro de E. Burnand. — Este hermoso cuadro, que encanta por su naturalidad y su ambiente, causó profunda impresión en Alemania, cuando, por primera vez, lo expuso su autor en el salón Schultz, en Berlín. La crítica, que hasta entonces se había mostrado muy reservada al juzgar la labor del ilustre pintor suizo, reconoció y confesó lealmente que Burnand era un gran artista, uno de los pocos artistas que hacen sentir, al contemplar sus lienzos llenos de sol, la luz abrumadora y deslumbrante del mediodía. *Yunta de bueyes*, de Burnand, es una de las obras maestras de la pintura contemporánea.

Día agradable, cuadro de H. Lerolle. — Tiene el cuadro del pintor Lerolle, otra de las excelentes obras exhibidas en la Exposición nacional de Bellas Artes actualmente abierta en

París, tal encanto, que uno no sabe qué admirar más en esa pintura, si la placidez del paisaje que sirve de escenario á las felices agrupaciones, ó las figuras femeniles que forman aquéllas, en la disposición de las cuales, así como en sus actitudes y en el plegado de los ropajes, se echa de ver al momento que el artista conoce perfectamente los secretos del arte que cultiva.

Flor de estufa, escultura de Pedro Braecke. — Es una de las obras más delicadas del famoso escultor belga, discípulo de Vigne. Braecke se distingue por su técnica irreprochable y su vigoroso sentimiento artístico. Sus obras principales, además de *Flor de estufa*, son *El anuncio de la primavera*, relieve existente en el jardín Botánico de Bruselas; el monumento al sargento Bruyne, en Blankenberghe; el monumento al filántropo Remy, en Lovaina; *Un niño hambriento*; *Sin trabajo*, etc.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón París.* — El laureado autor del hermoso lienzo *Flevit super illam*, Sr. Simonet, acaba de exhibir en el Salón París otro cuadro, también de grandes dimensiones, destinado á figurar en el testero principal de la capilla del nuevo Palacio de Justicia. *El sermón de la montaña* es el tema desarrollado por el artista, y no titubeamos en afirmar que es una de sus mejores producciones. Notable es el paisaje que sirve de fondo, estudiado con cariño é inteligencia y ejecutado con maestría, puesto que tal circunstancia se necesita para pintar la luminosa cortadura del terreno, iluminada por rojizas tonalidades, formando como contraste las verdosas coloraciones de los olivos que quitan á la vertiente de la montaña su aridez. Mayores elogios deben tributarse al grupo de gente que, asentada alrededor de la figura de Jesús, escucha atenta la divina palabra. Las actitudes, los tipos, los trajes, pregonan la inteligencia é ilustración del distinguido pintor Sr. Simonet, quien con plausible fidelidad é inspirándose en un asunto de tan grande interés, ha logrado representar la escena con la habilidad del artista y el sentimiento del creyente.

PARÍS. — La Unión de las Artes Decorativas ha inaugurado una curiosa exposición teatral, en la que figuran trajes, retratos y recuerdos de célebres cómicos y cantantes, y, en especial, una hermosa efigie del famoso trágico Lekain.

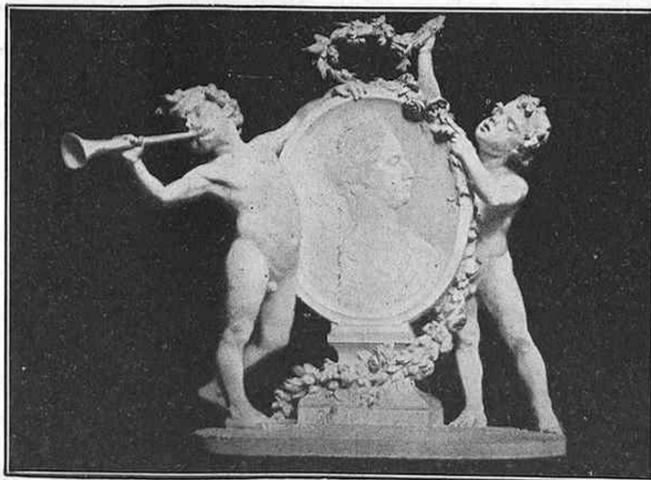
Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con éxito: en la Grande Ópera, *Hipólito y Aricia*, de Rameau, que hacía más de un siglo que no se había cantado; en la Ópera Cómica, *Le Clown*, letra de Víctor Capoul, con música de J. de Camondo, y *Snegurochka* (Flor-de-nieve), cuento primaveral en cuatro actos, tomado de Ostruowski, con música de Rimski-korsakov, jefe de la actual escuela rusa.

MADRID. — En el teatro de la Zarzuela ha dado tres conciertos el notable violinista Sr. Manen, habiendo sorprendido gratamente al público, que hace años no le había oído, por la seguridad y brillantez de su ejecución prodigiosa. En el último concierto incluyó en el programa la *Sonata de Kreutzer*, de Beethoven, que fué un éxito para nuestro paisano.

BARCELONA. — En el teatro de Novedades ha debutado con la aceptación habitual la compañía cómico-dramática Rosario Pino — Emilio Thuillier, que ha vuelto á poner en escena *El adversario*. Se han estrenado: en dicho teatro, *La famosa Teodora*, comedia alemana en tres actos de Federico Erdmand Fenitser, arreglada á la escena castellana por D. Federico Reparaz; en el Eldorado, *Alrededor del mundo*, juguete cómico en tres actos de Tristán Bernard, traducido al castellano por Celso Lucio, y *Escrúpulos*, comedia en un acto de Octavio Mirbeau, versión castellana de Carlos Costa.

MAGDEBURGO. — Se ha estrenado la ópera *Cherubin*, del maestro Massenet, que se ha cantado en alemán con excelente éxito.

STRALSUND. — Ha sido muy bien recibida por el público *El filtro de amor ó la rosa de la bella Madama Amaranth*, ópera cómico-romántica en tres actos, original del maestro Zingel.



Medallón, escultura de Guillermo de Groot

Necrología. — Han fallecido: D. Santiago de Liniers y Gallo-Alcántara, conde de Liniers, escritor español é individuo de número de la Real Academia de la Lengua. D. Marcos Castrillo y de Medina, marqués de las Cuevas del Becerro, grande de España y senador vitalicio. D. Eduardo Bustillo, culto escritor español, más conocido por el seudónimo de *El ciego de Buenavista*.

M. Alfredo Steinheil, pintor retratista, miembro de la Legión de Honor, asesinado, se cree, por un individuo que le había servido de modelo.



Flor de estufa, escultura de Pedro Braecke



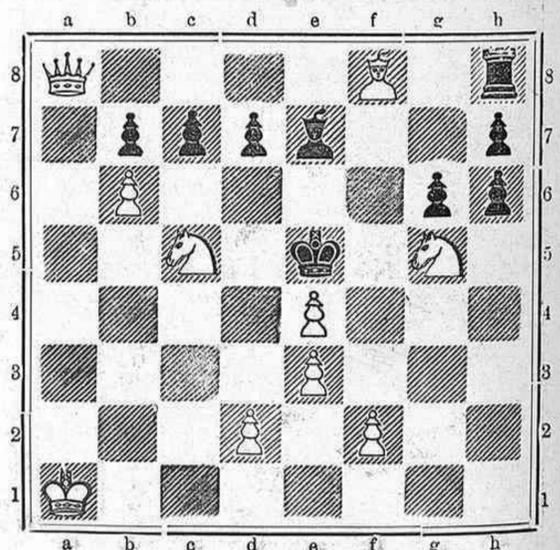
Para dar al cutis fresca seductora y suave aterciopelamiento, las parisenses usan la **CREMA DE SIVA** la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. **COMPañIA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.** — De venta en todas las buenas perfumerías. — Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª. — Madrid.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 496, POR V. MARÍN.

2.ª mención honorífica del Concurso del «Armeebblatt» 1903

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 495, POR V. MARÍN

Blancas. 1. Ce5-g6. Negras. 1. Cualquiera. 2. T mate.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD, R. I.

(CONTINUACIÓN)



Mauricio, furioso, dió un salto hacia adelante, pero Wylie detúvole por los brazos

—No debemos, ciertamente, perderlas todas. Pero ahora comenzará una persecución encarnizada; no hay temor de que á los bandidos los encierren en un círculo. Esta es su tierra de promisión, donde puede decirse que las órdenes del Gran Señor apenas tienen curso.

—Entonces, ¿esto podrá durar días, semanas, hasta meses?, preguntó Zoe casi sin aliento. ¿Cómo vamos á poder resistirlo?

—¡Quién lo sabe! Pero cada día puede ser el último. Figúrese usted que estamos en la frontera del Noroeste, ya que eso ha de darle ánimo, excitando su imaginación. Volveré en obsequio suyo á dar batallas, ó mejor dicho, escaramuzas. ¿Qué más da, quiere usted decirme, si las circunstancias son igualmente adversas, atravesar la cordillera de Solimán-Koh que la de los Balkanes?

—No lo sé; tal vez todo sea hijo de la imaginación. ¡Ah!, exclamó agarrándose con fuerza á Wylie al poner el pie en una piedra movediza. ¡Ah! ¿Qué vamos á hacer? Vea usted lo que tenemos al frente.

—Mal pedazo es, dijo Wylie sentenciosamente. Necesitaré tener las dos manos libres, añadió liando la manta y colocándosela encima de un hombro y debajo del brazo opuesto. Ahora, si usted me pres-

tara la aguja de sombrero que tan honradamente le devolví esta mañana, ya no tendré en qué pensar sino en pasarla al otro lado. Su hermano ya habrá trepado alguna vez por montañas, ¿no es verdad? Si no, lo mejor que podré hacer será pasarla á usted primero y luego volver por su hermana.

Los labios de Zoe se movieron, pero sin emitir ningún sonido, al devolverle la aguja, bastante torcida después de haber servido de clavo. Wylie sujetó con ella los extremos de la manta cruzada sobre su pecho.

—Ahora no se asuste usted, dijo en tono alegre. La pasaremos al otro lado sana y salva. Esté usted segura de que tiene usted demasiado valor á los ojos de los bandoleros para que dejen que usted se mate. Aquí viene en nuestro auxilio el bandido que tan simpático le es á usted. ¡Cuánto me alegro de que no sea Milosch! Sería capaz de detenerse en los sitios de mayor peligro para elogiar su abnegación al venir en nuestra ayuda. Y Zeko trae también una cuerda. Estamos de enhorabuena.

Zeko, el bandido á quien Zoe había curado la cabeza, hizo señas al aproximarse, indicando que Wylie se amarrara á la cintura los extremos de la cuerda para llevar á Zoe en medio de los dos; en esa forma

emprendieron la peligrosa marcha. En un espacio de cien varas, poco más ó menos, el sendero no existía; no había más que la roca pelada, que con una ligera inclinación bajaba casi perpendicularmente á los abismos.

Por fortuna, la piedra era lo bastante blanda para que pudieran socavarse en ella unos escalones donde poder ir poniendo manos y pies; pero al hacerlos los bandidos para nada tuvieron en cuenta que por ellos habían de pasar señoras. Casi imposible era para Zoe el poder colocar á la vez los dos pies ó las dos manos; pasó allí algunos de los más terribles momentos de su vida, teniendo un pie apoyado en un hueco, mientras Zeko, colgando de milagrosa manera un poco más adelante y más abajo que ella, llevaba con la mano el otro pie al próximo escalón, y Wylie, sujetándose firmemente con una mano á la roca, le alargaba la otra para que se apoyara en ella, mientras daba un impulso hacia adelante. Los bandoleros que habían pasado al otro lado, sentados en el suelo, se entretenían mirando y criticando sus maniobras, y los que venían detrás reñían entre sí sobre quién había de ser el que pasara á Irene y á Mauricio, pues Zeko se había negado desdeñosamente á molestarse por ellos.

Al fin obligaron á uno á prestar ese servicio, y Zoe, que ya estaba otra vez segura en el camino, pero abatida y sin fuerzas después de aquel terrible trance, se tapó los ojos para no ver lo que iba á suceder. Parecía imposible que Mauricio pudiera pasar bien, porque además de las dificultades que Wylie había tenido que vencer, venía detrás de él la retaguardia de los bandidos, que le llenaban de improperios porque no andaba más aprisa y hasta le daban en las manos con sus garrotes para que más pronto las cambiara de lugar. Mas él no les hacía caso y no dejó que Irene se apresurara, como ella quiso intentar. Por último, llegaron ambos sin novedad á la otra parte.

—No hubiera yo podido hacerlo, dijo Wylie en voz baja á Zoe, que le agradeció el elogio que á Mauricio tributaba.

Este fué el peor paso de aquella jornada; pero el camino seguía contorneando rocas salientes, costeano precipicios y subiendo por los lechos secos de los torrentes. Las jóvenes estaban enteramente rendidas antes de llegar al término. Mauricio y Wylie tenían que ir las empujando sin contemplaciones, ya riñéndolas, ya animándolas y hasta amenazándolas, pero no con la imperturbable brutalidad de los bandidos, cuyas no traducidas amenazas demostraban una perversidad hija de su larga práctica en el arte de atormentar. Por último, indicaron como sitio donde habían de pasar la noche un espeso bosque que se veía en una oculta quebrada del flanco de las montañas; dos de los bandidos, que se habían adelantado hacía rato, volvieron trayendo un par de cabras que, según dijeron como cosa natural y corriente, habían cogido á un cabrero que había tenido la desgracia de llevar su rebaño á pastar por aquellos sitios. Inmediatamente se llenó el bosque de animación y bullicio. Unos limpiaron de maleza un trecho para establecer allí el campamento; otros comenzaron á preparar grandes hogueras en aquellos parajes donde los árboles las ocultaban á la vista de los habitantes del valle, y los demás se entregaron á operaciones culinarias nada prolijas ni meticulosas.

A los prisioneros los dejaron por su cuenta, completamente seguros de que no podrían huir por mucho que lo desearan. Las jóvenes sentáronse, obedientes, donde les indicaron, recostadas contra el tronco de un árbol y se quedaron muy pronto dormidas.

Mientras tanto Mauricio y Wylie, con un cuchillo que le habían pedido prestado á Zeko, cortaron ramas y malezas é hicieron para los dos una cabaña, atención que no se les había ocurrido tener á los bandoleros. Era la cabaña lo suficientemente grande para que ambas cupieran cómodamente. El piso era de ramas de pino, tapadas con una manta, y una especie de biombo, hecho de ramas entrelazadas, servía de puerta. Delante de ella se les permitió á los prisioneros que hicieran una pequeña hoguera para su uso, y en ella comenzó Wylie á cocinar la cena. Milosch, haciendo de ello gran ostentación, les había traído un pedazo de carne de cabra como prueba del interés que por su bienestar se tomaba Stoyan. Wylie la cortó en tiras, que puso á asar en unos improvisados espetones de madera. Era tan apetitoso su olor, que las jóvenes se despertaron y se sentaron, observando con inteligente atención las manipulaciones de Wylie y esperando á que la carne estuviera á punto. Nunca en su vida habían probado nada tan delicioso, decían ellas mientras iban comiéndose los trozos de carne asada que iban cogiendo con la mano, sin más platos, cuchillos ni tenedores.

Zoe hasta principió á disertar sobre la facilidad con que la humanidad civilizada retorna al estado salvaje, lo que, según decía Mauricio, probaba que á su hermana se le había pasado ya el cansancio. Después de la comida, las jóvenes se negaron á irse en el acto á la cama, diciendo que querían disfrutar del bienestar que sentían. El fiel Zeko les trajo un obsequio, consistente en cuatro cigarrillos, á fin de que la cena fuera completa. Zoe se creyó en el caso de encender el suyo, aparentando que fumaba; pero lo arrojó al fuego en cuanto Zeko volvió la espalda; por su parte Irene fumó con la misma tranquilidad y placer que los hombres.

Concluidos los cigarrillos, Mauricio y Wylie se tendieron muellemente sobre la alfombra de pinocha que cubría el suelo, para disfrutar de un bien ganado descanso después de lo que habían trabajado.

—Si ustedes me permiten que les dé un consejo útil, dijo Wylie á las jóvenes, les diré que se quiten las botas para que los pies descansen todo lo posible.

—Ya se ve que otras veces ha pasado usted por estos lances, dijo Zoe preparándose para quitarse las suyas. Cuando el jefe ordena aquello mismo que uno está deseando hacer, la obediencia es una delicia.

—¡Ah, no!, exclamó Irene dando un fuerte queji-

do al quitarse un zapatito bastante estropeado. Les he estado á ustedes oyendo hablar de una misma suerte durante horas enteras; inventando, siempre inventando: «Estas son las montañas de Shinwari, peladas, áridas, color de tierra. Allá abajo, en el fondo del valle, está el castillo de un jefe Waziri; detrás de ese primer recodo nos está acechando una tropa de Afridis. Llevamos fusiles y raciones y botellas de agua y toda clase de cosas inútiles...»

—Apelo á usted, dijo Wylie dirigiéndose á Zoe. ¿He dicho yo en realidad tales desvaríos? Si así ha sido, nuestro infortunio debe haberme trastornado el juicio.

—¡Ah! No dijo usted palabra por palabra eso mismo, respondió Irene; pero tantas veces oí repetir esos nombres, que estoy segura de que son ellos; se trataba siempre de algo por ese estilo; imaginando que á un lado había nieves perpetuas, al otro un precipicio de una milla de profundidad, cuando lo que realmente había eran unas cuevas muy pendientes cubiertas de árboles feísimos, cuyas raíces la hacían á una caer, ó cuyas ramas me quitaban el sombrero. Dentro de uno ó dos días tendré que ponerme un pañuelo á la cabeza como una campesina, y al decirlo contemplaba tristemente los restos de su sombrero de paja, que había venido á este mundo con forma elegante, coquetona y parisiense. Y veían ustedes unos orientales, nobles y caballeroscos (aquí hizo otra protesta Wylie) con trajes blancos como la nieve y magníficos turbantes; esos detestables bribones que se dicen cristianos, visten unos toneletes negros de sucios y son tan duros como una piedra. ¿A qué venían todas esas fantasmagorías?

—Por lo menos parece que hemos evocado en su mente imágenes poéticas y heroicas, dijo Zoe. Además, así se ha disipado algo el tedio de la marcha.

—De todos modos, yo no he pecado en ese capítulo, dijo Mauricio.

—Verdad es. Estaba usted tan contrariado ó aburrido, no sé cuál de las dos cosas, que no habló usted una palabra. Por eso pude oír á los otros todo el día.

—Mucho siento haberla molestado, dijo Wylie. Ve usted; yo creí hacerle el camino más corto á su hermana evocando mis recuerdos de otros tiempos.

—Y lo conseguí, exclamó Zoe. Sin eso no sé si hubiera podido llegar. ¿Por qué escuchaba usted lo que le aburría?

—No me aburría precisamente, respondió Irene. Me parecía insubstancial. Ya no somos unos niños. ¿Para qué sirve forjarse semejantes fantasías?

—Si nos ayudan á soportar mejor las adversidades, ya sirven de algo, contestó Zoe.

—Pero ¿para qué hemos de fingir que estamos contentos? Durante la primera parte de la jornada, antes de encontrarme tan cansada que ya ni podía escuchar, solía oír al capitán Wylie que le preguntaba: «¿Está usted muy cansada?» y fingiendo satisfacción usted contestaba: «No, amigo mío, casi nada.» Eso no era verdad y él también sabía que no lo era. ¿A qué venía esa comedia?

—Era verdad, dijo Zoe con firmeza. Por el mero hecho de hacerme esa pregunta, me sentía, en aquel momento, menos cansada. Y usted, Irene, no dice sino lo desagradable.

—Me recuerda la vieja á quien el cura amonestaba por no saber soportar con paciencia sus tribulaciones, dijo Mauricio. Ella le contestó que cuando la Providencia nos enviaba un castigo, era para que nos doliera, y por lo tanto, había que quejarse.

—Está bien, dijo Wylie con alguna sequedad. Me parece que ha llegado ya á ser tradicional entre ingleses el que cada cual procure disimular sus males en obsequio á los demás, y lo único que puedo decir es que me alegraré de que esa tradición no se pierda. No veo la necesidad de examinar ni discutir más este tema.

—Ando estudiando los distintos caracteres de las naciones, contestó Irene impertérrita. En las que conozco, cuando se pregunta al que está mal si lo está, desde luego contesta que sí y pinta la grandeza de su desgracia y sostiene que nunca ha estado nadie peor.

—Y la vuelven al derecho y al revés y se lo ponen á uno delante para que le dé bien la luz, añadió Zoe.

—Pero si se le pregunta qué tiene á un inglés, le mira á uno de arriba abajo, desde la altura de una milla, y contesta con una sonrisa de hielo: «Absolutamente nada. Estoy más bien gozando que otra cosa.»

Al decir esto remedaba perfectamente el tono desabrido de Wylie.

—¡Qué terrible está usted esta noche, Irene!, dijo bostezando Mauricio. Al parecer, el haber escapado á tan grandes peligros le ha aguzado á usted el inge-

nio. Pero creo que ya es hora de que las niñas buenas se vayan á la cama.

—Cuando una cosa me interesa, puedo pasarme la noche hablando, replicó Irene.

—No lo dudo ni poco ni mucho; pero Zoe está medio dormida y Wylie dando cabezadas, y á mí los ojos se me cerrarían si no los tuviera fijos en su animado semblante. ¡Hola! ¿Qué pasa?

Pasaba algo extraordinario entre los bandidos que se refocilaban junto á la otra hoguera. Era la inopinada llegada de un hombre que gesticulaba con viveza señalando el camino por donde habían venido. A la luz de la fogata los prisioneros conocieron al guía traidor que habían tomado el día antes.

—¿Será que llegan en nuestro auxilio? ¿Vendrán á rescatarnos?, exclamó con ansiedad Zoe.

—No tendremos tanta suerte; ¡ojalá!, dijo Wylie, que había comprendido algo de lo que refería el recién llegado. No se ocupen ustedes de mí, añadió poniéndose en pie, y váyanse á acostar. Quiero oír lo que ese mozo va á contar.

Aproximóse á la otra hoguera, y los tres que se habían quedado vieron horrorizados cómo los bandidos se abalanzaban sobre él dando aullidos de cólera. Maldiciones y denuestos llovían mientras le empujaban y arrastraban de un lado á otro; aquellos hombres enfurecidos le amenazaban con pistolas y puñales desenvainados.

—¿Qué será?, murmuraba Zoe con los labios lívidos.

—No sé. Estéense quietas, dijo Mauricio abotonándose la americana y apretando los puños.

Por causa de las jóvenes no quería intervenir mientras eso fuera posible; pero si herían á Wylie estaba decidido á adelantarse y ponerse á su lado, aunque comprendía lo poco que podrían hacer dos hombres sin armas contra una turba provista de ellas. Con gran satisfacción suya vio que el orden se restableció por intervención del jefe; después, Milosch pronunció un largo y al parecer conmovedor discurso, y Wylie volvió á reunirse con sus amigos, seguido de miradas y murmullos de rencor.

—¡Ah! ¿Qué fué?, exclamó Zoe cuando hubo llegado junto á ellos.

—Nada; el castigo que merece quien hace el tonto, respondió. ¿Ustedes recuerdan el mucho tiempo que nos tuvieron detenidos, con las manos atadas á la espalda, antes de emprender la marcha esta mañana? Yo estaba un poco separado de los demás; el terreno era arenoso y se me ocurrió la feliz idea de dar á los que vinieran á salvarnos un indicio por donde pudieran colegir el camino que llevábamos. Con la bota tracé en la arena una N y una W bastante profundas, moviéndome continuamente como quien está cansado de estar de pie. Por desgracia, ese caballero que acaba de llegar pasó por dicho lugar antes que los que nos buscan y adivinó lo que aquellas letras querían decir. Ha sido un mal muy grande el que la civilización de Occidente haya penetrado hasta el Oriente. De eso provino todo el alboroto. Milosch, especialmente, ha estado muy duro al tratar de mi ingratitud queriendo hacer traición á los bandidos después de tanto como por nosotros han hecho; yo tuve que recordarles la manera como, justamente en aquellos mismos momentos, nos ataron; con esto se calmaron, como ustedes ven.

—También yo lo hubiera hecho si se me hubiera ocurrido, manifestó Mauricio. Ya usted lo ve, ahora van á tratar mucho peor á estas jóvenes.

—¡Ah, Mauricio, no seas ingrato!, exclamó Zoe. Si hubiera salido bien, todos andaríamos diciendo que el capitán Wylie había tenido una magnífica idea y que era un hombre de mucho talento. Ya, por último, todo está arreglado.

—¿Ya lo está?, preguntó Irene.

Wylie titubeó un momento antes de responder.

—Pues bien, dijo, creo que van á dedicar la noche á resolver lo que convenga. Pero, después de todo, ¿qué pueden hacer? No les conviene, ya ustedes lo saben, maltratar á ninguno de nosotros. Podrán no querer fiarse más de mi palabra y me volverán á atar las manos; pero hasta ahora es lo cierto que no lo han hecho. Así, pues, no nos apuremos.

IX

UNO DE MÁS

—¡Oh! Lo repito. No puede ser todavía hora de levantarse, refunfuñaba Mauricio revolviéndose mal humorado en su lecho de ramas de pino, al sentir que una mano se apoyaba en su hombro.

Pero aquella mano le sacudió ligeramente y oyó la voz de Wylie que le decía:

—Despiértese y no haga ruido.

Arrojando á un lado la manta, Mauricio se sentó, entreabriendo los ojos á la pálida luz del amanecer.

El y Wylie habían establecido su dormitorio frente a la cabaña, a fin de que las jóvenes supieran que estaban cerca en caso de ocurrir alguna alarma durante la noche. Wylie le indicó con la mano que le siguiera. Al otro lado de las cenizas que había dejado la hoguera, estaban los bandidos en fila, adustos y callados, con los fusiles dispuestos. Mauricio abrió desmesuradamente los

ojos.

—¿Qué pasa?, preguntó asombrado.

—No queremos tener tantos a quienes guardar, contestó Milosch. Son ustedes muchos para nosotros. Las mujeres valen mucho y habrá de quedarse un hombre que las atienda. El otro ha de irse. Echenlo ustedes dos a la suerte.

—Bien, bien, pero no hay necesidad de hacerlo donde las señoras pueden enterarse, dijo impaciente Wylie. Vamos, Smith.

Este, ya entonces enteramente despierto, se puso en pie, y ambos siguieron a los bandidos, penetrando en el bosque. Wylie cogió del brazo a Mauricio y lo separó un poco a un lado, a fin de que Milosch no le oyera.

—Si la suerte le toca, dijo, cambiaremos, por de contado, pues sus hermanas no pueden quedarse sin usted; pero casi tengo la seguridad de que todo esto no es más que una farsa con objeto de verse libres de mí. Toda la noche lo han estado maquinando.

—¿Pero usted no cree que se atreverán a... matarlo?

—¿Por qué no? A Haji Ahmad lo mataron sin compasión alguna. Ellos ya se han jugado la cabeza, como usted sabe, y tienen la convicción de que mientras sus hermanas vivan, de ningún modo el gobierno les ha de perseguir con verdadero empeño.

—Estas son dos varas de distinto tamaño, dijo Milosch, que se aproximó teniéndolas en la mano. Escoga cada uno la suya y yo les diré quién ha sacado la bola negra.

—¿Pero cuál la representa, la más larga ó la más corta?, preguntó Mauricio.

—No tienen ustedes para qué saberlo ahora. Ya se lo diremos cuando se haya sorteado.

—Yo se lo dije, murmuró Wylie. Cualquiera que sea la que yo elija, esa será la fatal. Vamos, Milosch, voy á coger una.

Tomó la más corta, Mauricio se quedó con la otra en la mano. Stoyan, adelantándose, midió con calma sus longitudes y declaró que la suerte le había tocado á Wylie. Mauricio, furioso, dió un salto hacia adelante, pero Wylie detúvose por los brazos.

—Ahora, no nos vayamos á perder los dos, dijo el condenado en tono de súplica. Yo sé lo que está pasando por usted y lo que desea hacer; pero, ahora, su deber es pensar en sus hermanas. No pueden que darse en manos de estos malvados, sin tener quien las proteja. Va usted á tener que ocuparse de las dos. Si puede, ocúlteles lo que ha sido de mí. ¿No podría usted hacerlas creer que me han llevado para tenerme seguro á algún otro lugar? Piense que demasiados sufrimientos tienen ya.

—Yo no puedo estar quieto y dejar que lo maten, dijo Mauricio casi sin poder respirar.

—No quiero que usted lo presencie; retorne á la cabaña. Sus hermanas se horrorizarían, si despertaran y vieran que nos habíamos ido los dos. Adiós y buena suerte. No hubiera podido hallar mejor compañero, en un lance crítico, que usted lo ha sido en este.

—¿Tiene usted algún encargo que hacerme?, preguntó con afán Mauricio.

—No. No tengo á nadie que por mí se interese; mis asuntos están todos arreglados. Más adelante, dígame, si quiere, á la mayor de sus hermanas que he sentido

muchísimo no haber podido darla un último adiós.

—Dice el Voivoda que está cansado de aguardar, exclamó Milosch acercándose.

Y con un pañuelo vendó los ojos á Wylie.

—Ahora, suplicó Wylie á Mauricio, váyase, váyase. Piense en esas jóvenes, como debí yo haber pensado ayer, en lugar de cometer locuras.

otra hoguera, algo receloso de que llegara la orden de marcha antes de que tuviera tiempo de hacer nada. Pero los bandidos regresaron al campamento y se sentaron alrededor del fuego que tenían, con evidente intención de tomar las cosas con calma; cuando las jóvenes salieron de la cabaña, encontraron á Mauricio que se estaba asando el rostro al mismo tiempo que la carne.

—¿Dónde está el capitán Wylie?, exclamaron.

—¿Qué me prometiste?, preguntó Mauricio para que se callara. Siéntense y vayan comiendo lo que ya está, mientras voy preparando más.

—Mauricio, ¿tú no comes nada?, preguntó Zoe habiendo cumplido su promesa hasta que hubo satisfecho el apetito. ¿Y dónde está el capitán Wylie? No se tostó ayer la cara como tú lo haces hoy.

—¡Ah! No sé. Por ahí andará, supongo, dijo entre dientes Mauricio. ¿Quieren más?

—No, gracias, no quiero más, Mauricio. ¿Le habrá pasado algo? ¿Sabes dónde está?

—¿No puedes dejar tranquilo á ese buen amigo?, preguntó Mauricio haciendo un esfuerzo desesperado. No se habrá escapado, dejándonos en el atolladero. Eso te lo puedo asegurar.

—No, pero ¿se lo habrán llevado? Me parece que algo muy grave debe haberle

sucedido. Dime la verdad, Mauricio, ¿dónde está el capitán Wylie?

—Se lo llevaron esta mañana muy temprano, dijo Mauricio. Él creía que era una venganza por habernos querido libertar. Me encargó que te dijera cuánto había sentido no poderse despedir.

—¿Despedirse? ¿Creía que lo iban á matar?

—¡Qué sé yo! Delante de mí no lo hicieron.

—Pero ¿piensas que lo hayan hecho? ¿Y tú lo permitiste?

—Vamos, dijo Mauricio, lo mejor será que les diga cuanto sé, y así verán qué es lo que debemos pensar.

Y relató lo ocurrido tan á prisa como pudo, haciendo de cuando en cuando algunas pausas involuntarias.

—Entonces, no hay duda, dijo Zoe lentamente, cuando hubo concluido. A estas horas debe haber muerto.

—Les admiro á los dos, dijo Irene, con su aire majestuoso, como quien va equitativamente á distribuir elogios. El deber de ustedes era sacrificarse por nosotros; él lo sabía. Lo único que le correspondía hacer era morir, y eso lo ha hecho cumplidamente. Algún día...

—Irene, dijo Zoe con reconcentrada amargura, si va á decir que erigirá una iglesia á su memoria, la aborreceré á usted hasta que me muera.

Se levantó y entró en la cabaña; Irene se volvió hacia Mauricio.

—¿Cree usted que ha muerto?, preguntó.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa ha de pensarse?

—No lo creo en absoluto. Querrían amedrentarle, cosa muy natural. Cometerían un disparate si lo mataran. Si se vieran acosados muy de cerca, comprenden de usted, podrían asesinar á uno de nosotros, como un apercebimiento á sus perseguidores; pero hacerlo sin más ni más, sería tener que rebajar el rescate que han de pedir por nosotros y perder además la esperanza de que los amnistiaran.

—Bien, si está usted tan segura, ¿por qué no se lo dice así á Zoe?

Irene se encogió de hombros.

(Se continuará.)



Las jóvenes se despertaron y se sentaron, observando con inteligente atención las manipulaciones de Wylie

Mauricio le apretó la mano y se alejó despacio y de mala gana. Al llegar al lindero del bosque oyó la voz de su amigo que gritaba encolerizado: «Por amor de Dios, déjenme las manos libres.» Wylie seguía gritando; á Mauricio le pareció que no accedían á su pretensión. Llegó al lugar limpio de vegetación y se sentó junto á la apagada hoguera, presa del más profundo abatimiento que hubiera nunca sentido. Sin Wylie, ¿cómo iba él y las infelices mujeres á afrontar las pruebas que les aguardaban? El mismo podría ser la segunda víctima del salvajismo de los bandidos y ¿qué sería entonces de Zoe y de Irene, puesto que, ni el temor ni la avaricia parecían ser bastantes á contener á sus carceleros? Las felices ideas que á Wylie se le ocurrían, su infatigable energía, su buen humor y la entereza de su carácter que, aun cuando sólo se manifestaba en raras ocasiones, era, por lo mismo, más eficaz, hacían de él un inmovible punto de apoyo; Mauricio se lamentaba amargamente de su relativa inutilidad. Su género de vida le había acostumbrado á tener poca iniciativa y ésta cohibida por el hábito que le habían inculcado como un deber de pesar maduramente el pró y el contra de las cosas, antes de decidirse; mientras él pensaba, Wylie obraba; mejor dicho, había ya obrado. Estos pensamientos le desalentaron por completo. El hombre de acción se lo había llevado y quedaba el que únicamente se sentía dueño de sí mismo en medio de las rutinas de la vida ordinaria. No se le ocurría que Wylie no había en un día adquirido aquella superioridad moral, ni que él mismo podría, de lo profundo de su actual postración, sacar la experiencia necesaria para que fuera completa su virilidad.

—Mauricio, ¡qué abatido estás!, exclamó Zoe asomando cautelosamente la despeñada cabeza por la puerta de la choza. Dile al capitán Wylie que tiene que prepararnos carne asada para el almuerzo también.

—Está bien. La tendrás. Con tal que, añadió con súbita y feliz inspiración, me prometas solemnemente que te la comerás antes de principiar á hablar. No estaría bien que dejaras enfriar mis... nuestros guisos, que deben comerse en cuanto estén.

—Te lo prometo, palabra de honor, dijo Zoe.

Mauricio principió á recoger leña para encender

BARCELONA. — MUSEO DECORATIVO Y ARQUEOLÓGICO

Decía nuestro inmortal Verdaguer, en una poesía póstuma, refiriéndose al parque de Barcelona, que es donde se levanta, en la antigua Ciudadela, el actual Museo decorativo y arqueológico, que había la ciudad condal convertido

tapices, procedentes del Ayuntamiento, uno representando la batalla de Rodes y el otro la emigración asiática, ambos de verdadera importancia artística, y en los restantes lienzos de pared cuelgan panoplias y banderas, entre las que figuran algunas pertenecientes a los antiguos gremios de Barcelona.



Sala de Cerámica

aquellos lugares, antes explanada y fosos, en frondosos y amenos jardines, «para sepultar en ellos sus inmensos oprobios y dolores, los muros que le habían servido de ceñidor, sus grilletes é improperios y la torre del suplicio, cubriéndolo todo después con una alfombra de flores.» Barcelona ha hecho más todavía: ha transformado aquella ominosa cárcel, erigida por Felipe V, en templo del Arte, y desde el último domingo de mayo, en que fué inaugurado oficial y solemnemente, podrán el público barcelonés y el gran número de extranjeros que nos honran con su visita recorrer pacíficamente, recreando su vista y educando su espíritu, aquellas mismas salas que un tiempo fueron lugares de tormento y de castigo, de que salieron cubiertos, sin embargo, de gloria los nombres de no pocos barceloneses.

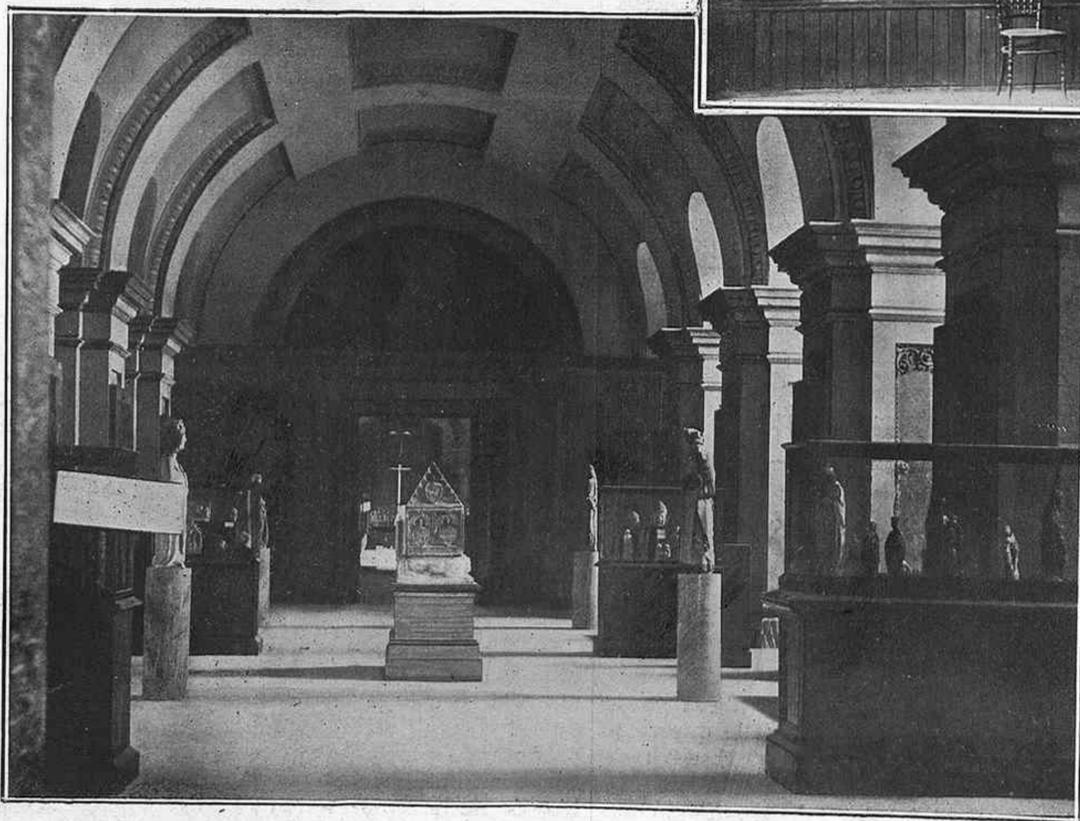
Para que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA puedan hacerse cargo de las muchas curiosidades que



Sala de Viladomat

déjares con reflejos, á los ladrillos mudéjares y á los ladrillos azules catalanes y valencianos, además de dos fragmentos en estuco de arquitectura mudéjar, procedentes de Toledo; la segunda, á la cerámica del Renacimiento, con ejemplares de las fábricas de Alcora, Talavera, Sabona, Delft, Montelupo, Retiro, Triana, catalana, aragonesa y otras, y además la notable colección de cerámica alcorense propiedad del Sr. Comabella; la tercera (que es la que reproduce el grabado adjunto), á los ejemplares prehistóricos, con las colecciones chipriota, ibero micénica, ática, corintia, griega, etrusca, etrusco-campaniana, grecorromana, romana, tanagrense, ampuritana, vasos saguntinos, cerámica cristiana, urnas cinerarias etruscas, ánforas romanas y armas prehistóricas (época neolítica).

Sala de Don Jaime I.—En esta sala, arreglada con motivo de conmemorarse este año el centenario del invicto rey *Conquistador*, hay expuestos, en vitrinas adecuadas, interesantísimos recuerdos de la vida del glorioso monarca: el célebre *Llibre Vert*, códice del siglo XIV, ricamente encuadrado en terciopelo verde con aplicaciones de metal; un ejemplar incunable de las *Constitucions de Catalunya*, impreso en 1495; un sello en cera del rey Don Jaime I, y la colección de documentos, concesiones, privilegios y cartas reales, entre las que figuran: la *Franquicia* dada á los baleares; la *Confirmación* de ordenanzas sobre la Ribera ó puerto de Barcelona, dada en 1258; el testamento de Berenguer de Castelllet, manuscrito en pergamino de 1207, etc., etc. La pintura románica de Planés, Tavérnoles, Mossoll, Tamarite de Litera, Santa María de Aviá y dos muy primitivos, procedentes del Norte de Cataluña, y en la puerta que conduce



Sala de Pintura y Escultura góticas. (De fotografías de J. Brangulf Soler.)

contiene el Museo decorativo y arqueológico barcelonés, vamos á dar, sala por sala, una idea ligerísima de él, haciendo sólo mención de las más notables.

Sala de Armas.—Contiene la numerosa colección del antiguo Museo y la no menos importante del Sr. Soler y Rovirosa. Cubren las paredes laterales dos

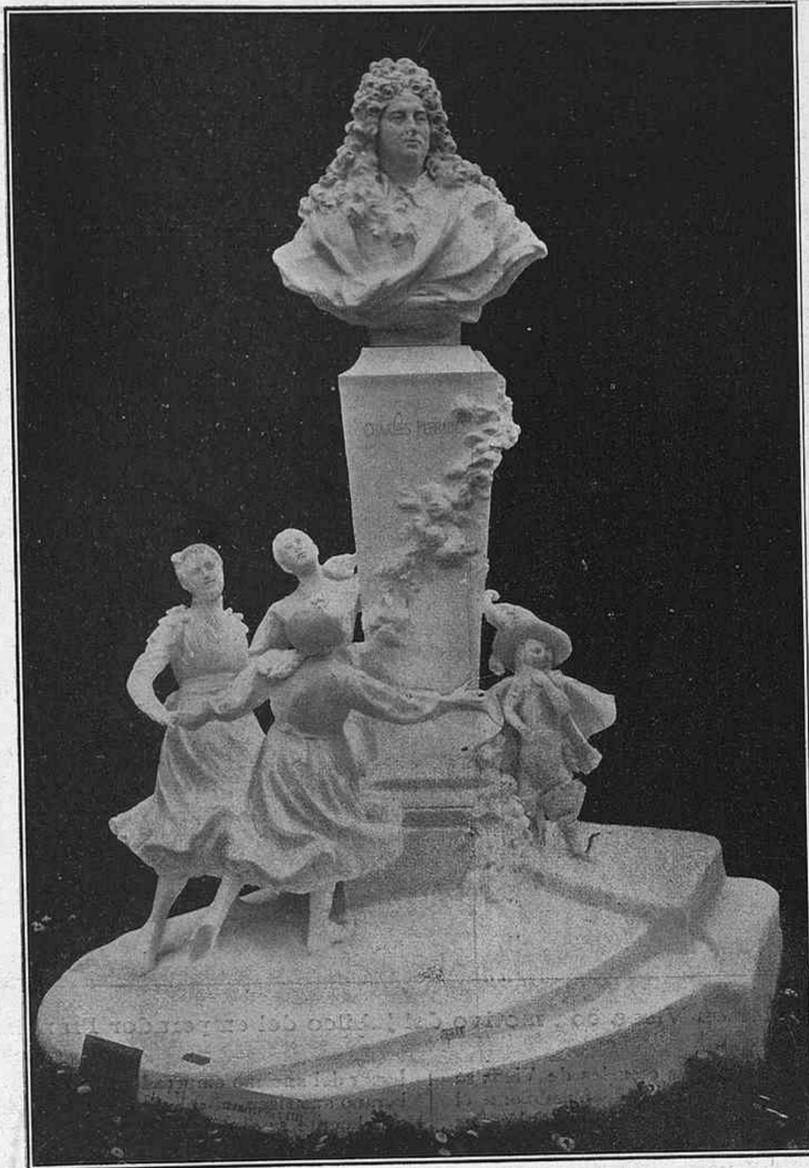
Castellet, manuscrito en pergamino de 1207, etc., etc. La pintura románica de Planés, Tavérnoles, Mossoll, Tamarite de Litera, Santa María de Aviá y dos muy primitivos, procedentes del Norte de Cataluña, y en la puerta que conduce

á la sala de Pintura y Escultura góticas se ha colocado en la misma posición primitiva el célebre cimborio de Taver- noles, una de las joyas de la colección de pinturas románicas que posee el Mu- seo, así como el cimborio reconstruido procedente de Estimariu (Seo de Urgel).

Sala de Pintura y Escultura góticas.— En esta sala hay expuestos los preciosos retablos procedentes de San Vicente de Sarriá, de Cardona, de Benavent, de San Martín, de Seo de Urgel y el de San Eloy, del gremio de los Plateros. En el centro se han colocado, en peanas y vi- trinas, selectísimos ejemplares de escul- tura gótica en piedra, mármol y madera, procedentes de Poblet y de Gerp algu- nos de ellos.

Sala de Viladomat.—A cada lado de la puerta de ingreso á esta sala, consa- grada á contener los cuadros del ilustre maestro catalán, entre ellos los que for- man la colección de la Galería Seráfica, figuran dos telas, una anónima y de gran valor, *La adoración de Jesús*, y otra, *La adoración de los reyes*. En el corredor que atraviesa la sala hay dos reproducciones de Tiépolo, debidas á los notables artis- tas Barrau y Mas y Fondevila, y al otro extremo dos figuras de apóstol, de Ca- racci. Hay además en esta sala: la his- tórica bandera de Santa Eulalia y la fi- gura ecuestre de San Julián, en madera, procedente del antiguo gremio de Calde- reros de Barcelona. Completan esta sala interesantísimos dibujos de Viladomat, entre ellos un autorretrato del artista en su juventud, y un retrato de su maestro, junto con varios apu- es, estudios y bo- cetos, todos ellos pertenecientes á la importante colección de D. Raimundo Casellas.

Sala de Dalmau.—Ha recibido este nombre por presidirla la perla del arte catalán medioeval, la *Virgen de los Con- celleres*, de aquel eximio maestro, encu- adrada en su áurea moldura de filigranas escultóricas; dos ricas joyas la acompa- ñan, *La degollación de San Cucufate*, del maestro Alfonso, y el riquísimo frontal bordado de San Jorge, propiedad de la Diputación provincial, y otras obras de no menor valía, como el *San Bartolomé*, de Ribera, y el *Frailé en éxtasis*, de Zurbarán.



Monumento al célebre cuentista francés Carlos Perrault, obra del escultor Gabriel Pech (De fotografía de Felipe Hutin.)

Carlos Perrault (1628-1703), aunque escribió muchas notables poesías y varias obras de erudición, debe principal y únicamente su celebridad á sus famosos *Cuentos de hadas*, que tradujo al castellano D. José Coll y Vehí. El Estado francés, queriendo perpetuar la memoria del eximio literato, encomendó al notable escultor Gabriel Pech el monumento que reproduce nuestro grabado y que se inaugurará muy en breve en el jardín de las Tullerías, de la capital de Francia. Entre las figuras que rodean el pedestal que sostiene el busto de Perrault, vense al *Gato con botas*, al *Pulgarcito*, á *Capercita encarnada* y á otros protagonistas de sus cuentos.

Sala Monetario.—Además de la co- lección propiedad del Ayuntamiento, procedente de los donativos de D. Fran- cisco Martorell y Peña y de D. Fran- cisco Esteve y Sans, que comprende mo- nedas ibéricas, coloniales, de los condes de Barcelona, pueblos de Cataluña, Ro- sellón, Navarra, Castilla, Sicilia y Cer- deña, hay las series de la colección es- pecial de Ampurias, griegas, ibéricas y romanas, que corresponden á los perío- dos históricos de la fundación de *Empo- rion*, siglo vi antes de J. C., hasta los primeros tiempos de la ocupación de Sicilia por los cartagineses, y las de la colección cedida en depósito por la Di- putación provincial, compuesta de las series catalanas: obispos de Vich, condes de Urgel, condes de Barcelona, reyes de España, pueblos de Cataluña, Rosellón, Aragón, Valencia, Mallorca, Navarra, Castilla y otras, proclamaciones y meda- llas catalanas, municipales de España, etc., etc., pues sería interminable la lista de todos los ejemplares.

Completan el Museo decorativo y ar- queológico de Barcelona sendas salas destinadas á bronce, orfebrería y hie- rros, y además gran número de repro- ducciones de estatuas clásicas, de pintu- ra, de escultura, de esmaltes, de mue- bles, de tejidos, de cerámica, que puede admirar el visitante, ya, al entrar, en el vestíbulo de la planta baja, en donde llama la atención una Venus y los frag- mentos del famoso altar de Pérgamo, ya, al recorrer el Museo, en las galerías que conducen de una sala á otra, en que atraen especialmente la curiosidad las reproducciones de hierros, de tapices y de bajos relieves decorativos.

Los vocales de la Junta de Museos, Sres. D. Emilio Cabot, D. José Font y Gumá, D. Carlos de Bofarull, D. José Puig y Cadafalch, D. José Pijoan y don Raimundo Casellas, á cargo de los cua- les ha corrido la instalación y clasificación de los objetos, se han hecho acre- dores al aplauso de los barceloneses, pues merced á su incansable celo y á su dirección inteligente la capital de Cata- luña puede vanagloriarse de haber dado en firme el paso que acaba de dar en el camino de su engrandecimiento artis- tico.—T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

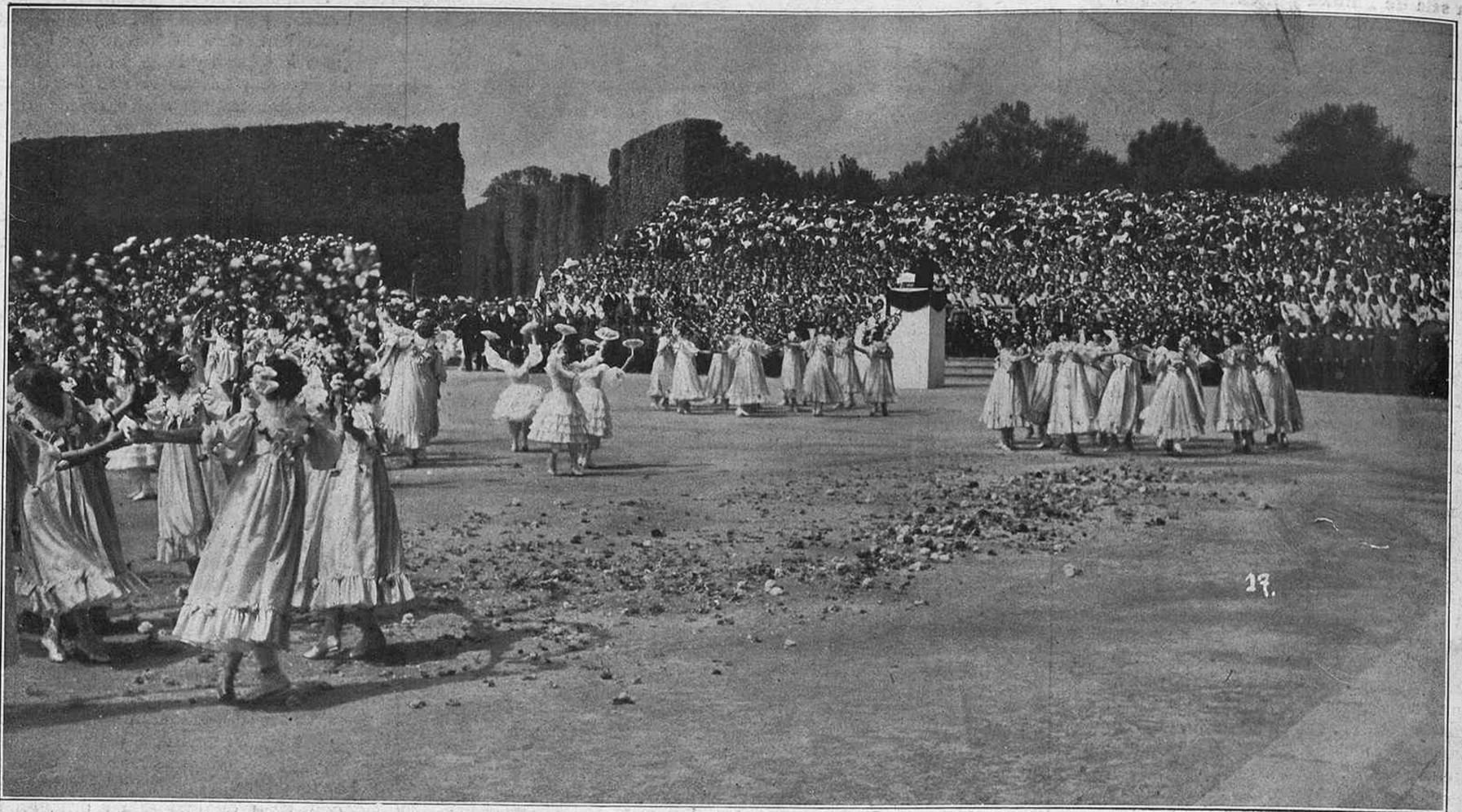
Historia general del Arte
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publi- cado nuestra casa editorial, se reco- mienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustra- ción.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
 Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.
 Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".
 FUMOUZE — PARIS



Festival escolar en Viena con motivo del jubileo del emperador Francisco José

El día 21 del último mayo 35.000 alumnos y alumnas de las escuelas de Viena se presentaron por la mañana en el parque del Palacio de Schoenbrunn, desfilando ante el emperador, á quien acompañaba el cuerpo diplomático. Se representaron obras teatrales alusivas al acto que se conmemoraba, las alumnas más pequeñas ejecutaron danzas en

honor del anciano emperador, y los coros infantiles entonaron himnos jubilares. El soberano austriaco, visiblemente conmovido, se dignó descender al parque á mostrar personalmente su agradecimiento á los organizadores de la fiesta y á los escolares que en ella tomaron parte. Esta terminó con el canto del himno nacional por todos los niños.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre **Depurativo Vegetal**
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Co., 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Casa CANDES
B-St-Denis, 16

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN